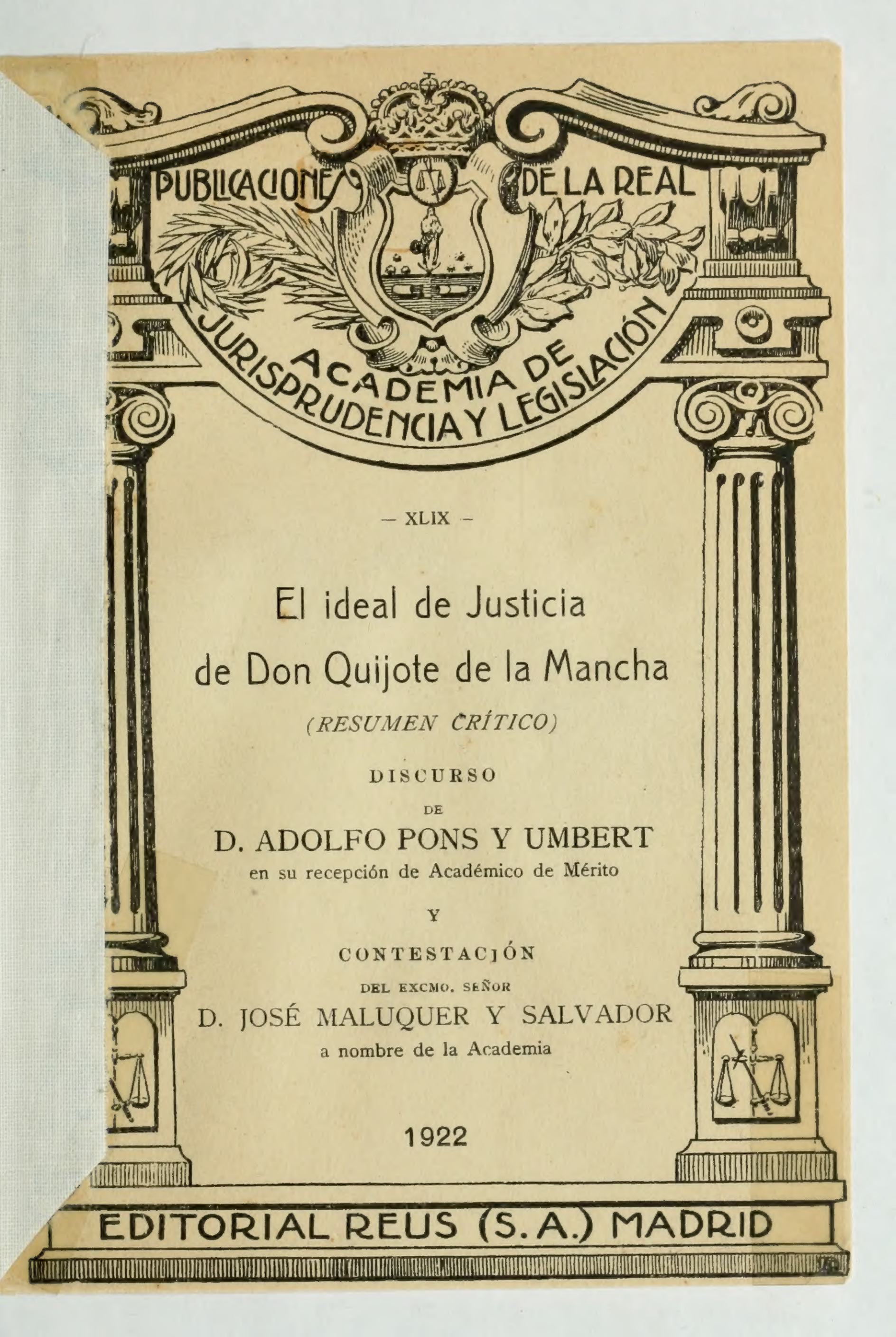


— XLIX —

El ideal de Justicia de Don Quijote de la Mancha

(RESUMEN CRÍTICO)

DISCURSO

DE

D. ADOLFO PONS Y UMBERT

en su recepción de Académico de Mérito

Y

CONTESTACIÓN

DEL EXCMO. SEÑOR

D. JOSÉ MALUQUER Y SALVADOR

a nombre de la Academia

1922

EDITORIAL REUS (S. A.) MADRID

PUBLICACIONES DE LA REAL ACADEMIA
DE JURISPRUDENCIA Y LEGISLACIÓN

XLIX

El ideal de Justicia de Don Quijote de la Mancha

(RESUMEN CRÍTICO)

DISCURSO

LEÍDO POR

D. ADOLFO PONS Y UMBERT

EN SU RECEPCIÓN DE ACADÉMICO DE MÉRITO

Y

CONTESTACIÓN

DEL EXCMO. SEÑOR

D. JOSÉ MALUQUER Y SALVADOR

A NOMBRE DE LA ACADEMIA

Sesión del día 23 de Abril de 1922

MADRID
EDITORIAL REUS (S. A.)
Impresor de las Reales Academias de la Historia
y de Jurisprudencia y Legislacion
CAÑIZARES, 3 DUPLICADO
1922

ARTÍCULO 66 DE LAS CONSTITUCIONES:

Los trabajos que publique la Academia quedarán de su propiedad. Ningún trabajo realizado en la Academia podrá ser publicado sin autorización de la misma

En las obras que la Academia autorice o publique, cada autor será responsable de sus asertos y opiniones

Talleres tipográficos de la EDITORIAL REUS (S. A.)
Ronda de Atocha, núm. 15 duplicado.—MADRID (788)

DISCURSO

DE

D. ADOLFO PONS Y UMBERT

SEÑORES ACADÉMICOS:

Si hombres de reconocido excepcional valer—jurisconsultos, estadistas, profesores insignes—consideraron honor excesivo el de figurar entre los Académicos de Mérito de la Real de Jurisprudencia, ¿qué no consideraré yo el que pródiga y generosamente me concedisteis elevándome a las alturas reservadas para quienes se distinguieran «por sus servicios extraordinarios a la Corporación»? Ni ¿qué servicios pudo mi insignificancia prestarle, cuando en todo momento los recibí yo de ella, alentadora de mi vida de trabajo: de mi vida, tantas veces desalentada? Veintiocho años hace que me inscribí como socio de número en la Academia. Compartí durante algún tiempo la colaboración entusiasta y resuelta en sus simpáticos ardorosos debates, y la sujeción de los estudiantiles deberes en las gloriosas inolvidables aulas de la Universidad Central. Otras obligaciones, impuestas sin pedirlo, bien que exclusivas y definitivas a la postre, comenzaban en aquellos días de mi soñadora y esperanzada juventud a reclamar las asiduidades de mi

personal albedrío. En la Academia y en la Universidad, estimulado por maestros y por compañeros, sentí con frecuencia anhelos de porvenir que objetivaban y concretaban estas dos expresiones: el Foro, la Cátedra. Tales anhelos se complicaban, o se perfeccionaban quizá, a influjo del político ambiente en que ya se desenvolvían las nuevas y no solicitadas obligaciones que he mencionado: las de funcionario público en las oficinas del Congreso de los Diputados, a las cuales me llevó la casualidad, forjadora, como repetidos casos demuestran, de un no sospechado mañana, y opuesto al que, en su optimismo, trazase, y por seguro tuviese, mi entonces aún candorosa fantasía. Fué, mientras, la parlamentaria oficina medio y ocasión de aprendizajes y observaciones, que aproveché, sin duda, para sumar a los anhelos consabidos de Cátedra y de Foro los de legislador y gobernante. A cosa alguna, pues, substraíase mi deseo de conquistar las cumbres vislumbradas desde el valle humildísimo en que a la sazón hallábame situado. En verdad que, acertase o errase, no lo contradecía yo en el curso de mi libre actividad laboriosa, guiadas mi palabra y mi pluma, entonces y después, por afanes de Justicia y Derecho, a cuyo servicio consagré siempre las energías morales e intelectuales de que dispuse, ciertamente escasas y desafortunadas — a juzgar por los resultados — para que con razón me huelgue de mis venturosas empresas. A la

Abogacía me dediqué, o intenté dedicarme, por lo pronto, desde que obtuve el título de Licenciado Más lo intenté que lo realicé, porque no respondió a la sinceridad de los propósitos la efectividad de la concurrencia. Iba a iniciarse, se iniciaba, con relación a mí, una envolvente realidad, de que no me dí cuenta en seguida; una realidad que sobre muchos hombres ejerció, ejerce y ejercerá su poderío insuperable. Escuchad, señores Académicos. Vosotros creéis en la opinión pública. Vosotros sabéis que la opinión pública, real o artificiosa, exhibe su tiranía dondequiera. Grandes naciones y minúsculas aldeas la padecen y la soportan. No se ven salvos de su mando absoluto los hogares, las familias, los individuos. Sobre cada uno de nosotros pesa su inexorable ley. Sobre mí, en los instantes a que aludo, marcó el sello de su voluntariedad: su voluntariedad, su arbitrariedad, determinó que mi condición de funcionario resaltase única en la eficacia de mi esfuerzo; y las gentes doblegaron su juicio y asintieron sumisas..., y el aspirante a hombre de Estado, catedrático y jurisperito ilustre, vino a quedar en número de escalafón y en tornillo de burocracia. En vano se multiplicara persistente mi decisión estudiosa. Yo mismo no tardé, advertida o inadvertidamente, en rendirme al imperio y soberanía de la opinión. Libros, folletos, artículos de periódico o de revista, disertaciones habladas; los frutos o manifestaciones del pobre en-

tendimiento mío, especializaban mi vocación de publicista y de conferenciante. Abundaron ellos en «expansiones críticas», que delataban inquietudes de malhallado y desasosiegos de irreductible. Naturales, naturalísimas expansiones. Pero ¿cuál sería su virtualidad, luego de «acordado y dispuesto» que mis escritos, mis discursos, mi haber en la vida, sólo implicasen una especialización de funcionario del Congreso? Mis expansiones críticas no reflejaban sino «un ironismo bondadoso, y hasta agradable». El contenido de mis producciones «trascendía en olor y sabor de Cuerpo deliberante». Así estaba irremediablemente consignado en el decreto de mi destino. Recuerdo que en una ocasión diserté acerca de San Francisco de Asís, y que, al concluir, uno de mis amables oyentes me felicitó de este modo: «Ha hablado usted inspirado y elocuente; se conoce a la legua que es usted Oficial del Congreso». Sucumbí, y en la dirección por mi sino ordenada marcharon mis habituales tareas. No dejé de cooperar a las de la Academia. Ocupé su tribuna para leer o para discutir. Premiasteis uno de mis libros. Me elegisteis para diversos cargos en las Comisiones y en la Junta de gobierno. Me honrasteis con la máxima confianza que lleva consigo el de Secretario general. Y ahora me enaltecéis con el de Académico de Mérito, hipotecando por manera perdurable mi gratitud. Yo carezco de los prestigios que justificaran la designa-

ción de los presentes y los pasados Académicos. Yo he sido y soy en la Corporación uno de los consocios militantes en el estado llano. Me acerco hoy a vosotros para testimoniaros, pregonándola, mi devoción a la Academia, palenque de ideales, teatro de controversias, centro de estudios, vivero de amistades, punto de partida, continuidad de generaciones, permanencia y perpetuidad de culto inextinguible a las esencias jurídicas de la Patria. Tímido y balbuciente, vengo a cumplir el reglamentario precepto de «leer un discurso». Leído, tornaré a mi puesto, entre el estado llano, donde contemplar atento y silencioso el confortador avance de la actual juventud académica, y pensar melancólico en aquella otra juventud de hace veintiocho años.

I

El día 23 de Abril de 1916 recordó la Humanidad que habían corrido tres centurias desde la muerte de Cervantes. La Real Academia de Jurisprudencia proyectó—representada por su Junta de gobierno—contribuir a las «solemnidades» que con tal designio se organizaran. No fueron ellas proporcionadas a la magnitud del motivo, y discretamente la Corporación se retrajo. Ni alcanzaron mejor fortuna otros planes que la Academia esbozara. Sea por lo que fuere, dimos pábulos al recelo de que el Centenario pasó inadvertido para nosotros. Guerreaba en 1916 la revuelta y enloquecida Europa, excitados como en días ningunos los patrióticos sentimientos de las naciones. Ideales generosos y egoísmos imperialistas fomentaban y agrandaban el desconcierto. En ocasiones, Don Quijote era Sancho. A las veces, Sancho era Don Quijote. Trastocados los papeles todos en la sin par tragedia, la confusión y la contradicción se extendían a los partidarios de los pueblos en lucha, y hubo más de un Sylock que pareció Lohengrin, y más de un Lohengrin que trocó la defensa del honor y de la virtud por los logros y acaparamientos de convencido mercader. Personas sesudas estimaron «inoportuno», dadas las mundiales discordias, cualquiera homenaje en memoria del esclarecido Ingenio que, si otros no hubiere, por sí

sólo inmortalizara la literatura española. «No estamos para fiestas, no estamos para libros de caballerías», dijeron sesudamente aquellas personas sesudas. El Gobierno español, también sesudo, participó de la opinión de aquéllas. Una oleada de cordura antiestética borró los intentos de quienes no acertaban a compnender qué relación mediase entre los odios de Alemania con Francia y el olvido de que falleció Cervantes en 1616. Acompañaron a Cervantes en su no corta vida la contrariedad y la desgracia, y, por la muestra, no han cesado tampoco de perseguirle en muerte. Coincidentes el tercer centenario de ésta y la guerra de nuestro siglo, nuestra Nación, alejada de la guerra, túvose por beligerante, sin embargo, para razonar la sinrazón del pecado de insensibilidad que así cometía. Muchos españoles—quiero suponer que muchos—rindieron a Cervantes entonces el mejor tributo que pudieran rendirle: el de leer sus obras, el de leer y meditar las aventuras de Don Quijote de la Mancha. Pagué a semejante contribución mi lote. Seguí y reseguí, anotando mis apreciaciones de caminante, la ruta del buen caballero, cuyas andanzas—luminosas de ideal—excitarán siempre la atención y la reflexión de los hombres, ignorantes o sabios, con la fuerza maravillosa de sus contrastes intensos, de sus advertencias prudentes, de sus ironías amargas. Confirmé y ratifiqué la «lección de tristeza» que anteriores lecturas me deparó ya el libro. Aun en sus escenas cómicas, o por cómicas celebradas, no sofocó ni atenuó nunca en mi ánimo la impresión de la tristeza característica que

lo informa... y que lo ennoblece. Síntesis del libro—imagen perfecta, a la par, del alma de su protagonista sublime—encuentro yo en las frases con que rechazó Don Quijote las del grave eclesiástico («destos que gobiernan las casas de los príncipes») en la morada de los Duques. Repitámoslas: «Unos van por el ancho campo de la ambición soberbia, otros por el de la adulación servil y baja, otros por el de la hipocresía engañosa, y algunos por el de la verdadera religión; pero yo, inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra. Yo he satisfecho agravios, enderezado tuertos, castigado insolencias, vencido gigantes y atropellado vestiglos; yo soy enamorado, no más de porque es forzoso que los caballeros andantes lo sean; y siéndolo, no soy de los enamorados viciosos, sino de los platónicos continentes. Mis intenciones siempre las enderezo a buenos fines, que son de hacer bien a todos, y mal a ninguno: si el que esto entiende, si el que esto obra, si el que desto trata, merece ser llamado bobo, díganlo vuestras grandezas, duque y duquesa excelentes.» Las últimas palabras, apelación a la imparcialidad de los Duques—que se divertían a costa de su locura—, dan de Don Quijote la mejor y cabal semblanza. Cordura y locura mézclanse en las frases transcritas, y en términos y por manera que la locura embellece y mejora la cordura de las acciones y de los pensamientos, y la cordura se empaña y se oscurece con las sombras de la tristeza que extendió la locura sobre sus ensueños de

virtud y de amor. Nada tan adecuado como la observación de Sancho Panza—«verdaderamente tiene vuestra merced la más mala figura de poco acá que jamás he visto»—al calificar de «el Caballero de la Triste Figura» a Don Quijote, su señor, remate de la desquiciada y al cabo cuerda intervención del mismo en el nocturno acaecimiento de los encamisados. Atribuye el Hidalgo la paternidad del calificativo al sabio historiador de sus valerosas hazañas, y determina «de hacer pintar, cuando haya lugar, en mi escudo, una muy triste figura». Respóndele Sancho: «lo que se ha de hacer es que vuestra merced descubra la suya, y dé rostro a los que le miraren, que sin más ni más, y sin otra imagen y escudo, le llamarán el de la Triste Figura.» De poco acá—desde su primera salida—pertenece la denominación de triste al andante manchego. Le pertenece por su figura física. Le pertenece por el consorcio singular y único en que dentro de su ser viven y alternan la ecuánime razón y el desvarío exaltado. Su figura moral, complicada y múltiple, trasciende a la física, espiritualizándola y extenuándola. En Don Quijote alienta un alma mística descentrada. Los libros de caballerías convirtieron un santo posible en un loco cierto. Reírnos de su locura, burlarnos de sus disparates, imitar, pues, el ejemplo de los Duques—el principal de los ejemplos de la propia índole que en el libro se encierran—, evidenciara nuestra incomprensión de la grandeza, la positiva grandeza, del colosal personaje, en quien a toda hora resplandece, con brillantez mágica, un ideal purísimo de Justicia.

—Ved, señores, el tema que yo habría tratado ante vosotros en 1916, fecha del tercer centenario de la muerte de Cervantes, si la pasividad sesuda en aquellos días aceptada por conveniente al interés público—que en el resto de Europa se entendiera de muy distinta suerte—, nos permitiese a la sazón honrar, honrándonos, el recuerdo del Príncipe de nuestras Letras. Lo trataré en este acto de mi recepción académica. Omitiré apuntes y detalles que extremarían las dimensiones de este Discurso. Suplid vosotros, con vuestro saber y vuestro juicio, lo que por causa de mi insuficiencia faltare para que la intención resulte servida; y juntos vosotros conmigo, discurramos sobre el tema enunciado, el cual concretamente es EL IDEAL DE JUSTICIA DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA (RESUMEN CRÍTICO).

II

«... y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el celebro»; y «una mañana antes del día, que era uno de los calurosos del mes de julio, se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral salió al campo con grandísimo contento y alborozo». Es Alonso Quijano el Bueno. Es desde ahora un caballero andante buscador de aventuras. Es... un hombre loco que sale al campo de la realidad para reali-

zar un ideal, su ideal. A imitación de andantes caballeros insignes, ha elegido un nombre y una «señora de sus pensamientos». El uno, Don Quijote de la Mancha. La otra, Dulcinea del Toboso. Ha abandonado las tranquilas comodidades de su hogar, los cuidados solícitos con que le atendieran y regalaran su sobrina y el ama, los placeres de la conversación amistosa con el cura y el barbero, las diversiones de la caza; todo lo pospone a los riesgos y los peligros, a las inseguridades y los sufrimientos que inseparables le parecen de la noble profesión elegida. Para comenzar su ejercicio, no salió por la ancha puerta principal de su casa, rodeado de las gentes, despedido con lágrimas y apretones de manos, sino calladamente, «sin dar parte a persona alguna», y «por la puerta falsa de un corral». Hubo cordura en esto, que facilitó su bien meditado propósito. Muchos, como él, no salieron de mejor modo para afrontar las inclemencias de su vivir. Los grandes ideales, amén de los ideales pequeños, tuvieron siempre trazas sospechosas de devaneo, cuando no de locura, y sólo a las horas del triunfo, que revelaron y acreditaron su verdad, se patentizó valedera la razón de quienes los concibieron o los llevaron adelante. El triunfo equivale a la razón. Ningún vencido tuvo razón para cosa alguna que no fuese su vencimiento. Perdida o no lograda la elegancia suprema de la victoria, el desaire de la derrota o del fracaso descubre y publica la sinrazón de las ambiciones, y vienen a parar en harapos de ensueño las actividades malogradas, y en categoría de locura los consumados sa-

crificios. Son cuerdos los que nada intentan, porque en su no hacer se acomoda holgado su egoísmo, lo cual no les cohibe, la oportunidad llegada, para utilizar en su pro los beneficios de la ajena locura. Registra la Historia los heroísmos de los vencedores en cualesquiera lides. Ofrece a nuestros deslumbrados ojos el brillante desfile de los guerreros y de los sabios, de los santos y de los artistas. Antecédenles los precursores ignorados o desconocidos, los que abrieron y marcaron los surcos de la tierra no cultivada. Acompáñanles los convencidos y los creyentes, los iluminados y los mártires. Síguenles los continuadores y los perfeccionadores de su obra fecunda. Todos allí parecen igualmente cuerdos, o igualmente locos. Remontados a las alturas de los ideales que presiden la marcha de la Humanidad a través de la Historia, no se distinguen los locos y los cuerdos, allí unos e iguales en la común empresa de convertir en normas las conquistas de su razón. Los tomarais por los Caballeros Andantes de la Fe, de la Cultura, del Trabajo. Forman en la andante caballería de los privilegiados a quienes permite Dios excrutar con acierto en los tesoros de la Ciencia, y en las honduras del espíritu, y en los arcanos del más allá. Cinceladores de almas colectivas, guiadores de pueblos, impulsores del afán progresivo que enlaza y funde en continuidad inacabable los intereses y los desvelos de las generaciones y de las razas... ¡Cuántos, como Don Quijote, salieron un día por «una puerta falsa», evitando la curiosidad o la sorpresa de familiares y de amigos, y caminaron sin

rumbo, y sufrieron las asechanzas de la adversidad, y no desmayaron, y a la postre dieron con la senda gloriosa! Locos al partir, la «puerta falsa» guardábales el secreto de su locura, abriendo ante su vista el campo inexplorado de lo futuro, y mostrándoles el horizonte luminoso e infinito donde espaciar podían sus ilusiones de color de rosa. ¡Cuántos, ya triunfantes, volvieron, no por la puerta falsa, que únicamente a los avergonzados y corridos espera; sí por la puerta grande, la de los que tornan altivos y rientes, señores de su destino, precedidos del eco rumoroso de la admiración y del estrépito resonante del aplauso! Cuerdos al volver, su fama pregona su cordura. ¿Tornará cuerdo Don Quijote? ¿Pregonará su cordura la fama? Lo quisiéramos, lo deseáramos nosotros. Veladas las armas, y armado él caballero—no nos dejarán mentir el ventero, la Tolosa, la Molinera y los dos descalabrados arrieros—; provisto, en suma, de lo que exigen las prácticas de su Orden, está cercano el empezar de sus hazañas invictas. Dos, que no una, acomete presto: la liberación del criado Andrés de los azotes del labrador su amo, y el mal suceso que trae sobre las costillas de Don Quijote la cobarde agresión del mozo de mulas de los mercaderes toledanos. En la primera, impone al labrador—«que Haldudos puede haber caballeros, cuanto más que cada uno es hijo de sus obras»—juramentos en cuya eficacia confía; no mucho después corroborará, con el testimonio de Andrés mismo, «que no hay villano que guarde palabra que diere, si él vé que no le está bien guardalla». De la segun-

da, le saca por acaso su convecino Pedro Alonso, para trasladarlo «molido y quebrantado» al lugar de los dos, en el cual «lleváronle luego a la cama, y catándole las feridas no le hallaron ninguna, y él dijo que todo era molimiento»; y fué propicio instante para el «donoso y grande escrutinio» que en su librería hicieran el cura y el barbero. Breve y desventurada ha sido, pues, la salida primera de nuestro Don Quijote: burlado, golpeado, despojado de sus predilectos libros... Descansaba y dormía él, mientras perecían libros y libros en el regazo de las llamas; soñaba quizá en la dichosa edad y los siglos dichosos «a quien los antiguos pusieron nombre de dorados». Pronto reanudará la espinosa campaña, se encarará con los azares misteriosos, desafiará el acecho de los gigantes encantadores. La «puerta falsa» guárdale aún el hondo secreto de la sinrazón de su cordura.

III

Nuevamente el Ingenioso Hidalgo deambula—«la misma derrota y camino que él había tomado en su primer viaje»—por el campo de Montiel. No va sólo esta vez. A su lado, caballero en el rucio, comparte y compartirá la adversa o la favorable fortuna de Don Quijote su escudero Sancho Panza. Se ha dicho que Sancho Panza es complemento de su amo. Nunca lo digamos nosotros. Don Quijote se complementa sin que lo complemente nadie. Don Quijote se

basta y se sobra para ser el que es, sin igual con otro ninguno de los profesos y los no profesos en la Orden de las consabidas andanzas. Cervantes entendió de tal guisa la condición, a la par excluyente y absorbente, que moldea a su personaje principalísimo, y para realzarla púsole, con la figura de Sancho, las sombras del contraste, que no mejoran los efectos de luz, pero que ayudan a mejor comtemplarlos y admirarlos. Contraste, sí, en donde hallan los lectores del soberano libro las afluencias estimuladoras de la meditación serena y profunda. A pesar de ello —tanto pueden sus bríos—, nos desagrada y en ocasiones nos molesta y aflige ese propio contraste. También en ocasiones, harto frecuentes en la obra, lo aniquila y destruye la fuerza de sugestión del incomparable Hidalgo: Sancho Panza, socarrón y parduno, interesado y egoísta, conocedor y experimentador de la locura de Don Quijote, siéntese, más que atraído, fascinado por la subyugante espiritualidad de su señor, y discurre, habla y sueña como su señor sueña, habla y discurre. Menos cuerdo resulta, al parecer, en aquellos trances, Sancho Panza que Don Quijote. Sus instintos, menos populares que plebeyos, se ennoblecen de súbito, hermoseados momentáneamente con las superposiciones de moral belleza que del ser de Don Quijote reciben. Hasta que, desvanecidos los fulgores, la opacidad reina de ordinario en la mente del escudero, y él continúa, parduno y socarrón, atenido a los dislates de Don Quijote y a los suyos de llegar a verse gobernador de ínsula. En su diálogo con Tomé Cecial, escudero

fingido del fingido Caballero del Bosque: «Yo, replicó Sancho, ya he dicho a mi amo que me contento con el gobierno de alguna ínsula»; y añadió refiriéndose a Don Quijote: «digo que no tiene nada de bellaco; antes tiene un alma como un cántaro: no sabe hacer mal a nadie, sino bien a todos, ni tiene malicia alguna: un niño le hará entender que es de noche en la mitad del día; y por esta sencillez le quiero como a las telas de mi corazón, y no me amaño a dejarle por más disparates que haga». ¿Lo oís, señores Académicos? «No me amaño a dejarle por más disparates que haga». Pesa sobre Sancho la sugestión de Don Quijote. Loco está, disparates hace, y Sancho no lo ignora; pero no se amaña a dejarle, y de él aguarda la ínsula que le ha prometido. Si mereciera uno de los dos el nombre de bellaco, no sería, en verdad, el pobre ausente de cordura; seríalo su escudero Panza o Zancas, que le sirve, que no le deja, que en su cordura cree y en su locura fía. En plebe degeneran los pueblos, en bandería los Estados, en facción los partidos, y de tamaña decadencia y ruina cobra escotes y obtiene provechos el sanchopancismo latente en todas las colectividades humanas. Los pescadores de los revueltos ríos en que los barcos de la discreción y de la prudencia naufragan, del gremio sanchopancil provienen. Sus sombras de contraste se agradan, y cual fantasmas agítanse en los cuadros tétricos de los trascendentales infortunios. Nuestros días de oligárquico parlamentarismo, nuestros decadentes días, sanchopancescos los juzga, por demás, una crítica quejumbrosa

que en los mentideros y tertulias asaltantes de las preciadas cumbres niégase a descubrir los móviles de sacrifio patriótico a que su proceder responda, y táchalos, severa y despectiva, de pandillajes corrompidos y corruptores, que medran a compás e impulso de las sociales o nacionales desventuras. A su albedrío medran, porque no los encauza la atracción quijotil de andante caballero, entregado, con generoso espíritu, a defender y practicar sanos y redentores ideales. Cuando de estos caballeros surgen, los existentes pandillajes columbran cercana y fatal su definitiva derrota; y como por milagro o artes de encantamiento, la facción, la bandería y la plebe huyen o sucumben, para que libres se desenvuelvan y desarrollen, a impulso y compás de su misión augusta, el pueblo, los partidos y el Estado. Sancho Panza dista del sanchopancismo un apreciable trecho: el que distar suelen de los fundadores o creadores de escuela, y de la escuela a veces, los llamados después sus intérpretes o depositarios. Acostumbra la interpretación a desviarse y torcerse en las cavilaciones de la hermenéutica, y se multiplica el desvío con la discordia de los glosadores, y se agrava el daño con las aplicaciones o derivaciones a la realidad. Lo imperfecto o lo malo, sobresalen y quedan; lo perfecto y lo bueno, se apagan y se extinguen; y así, poco a poco, de Maquiavelo vino el maquiavelismo, y de Sancho Panza el sanchopancismo. La perfección de Don Quijote, en cambio, no admite hermeneutas que la resalten; ni el «quijotismo» se ha manifestado en épocas y en sociedades distintas

sino uno solo, permanente e inextinguible. Inferiores a la realidad ideal y al idealismo real que forjajara en el mundo de su fantasía el loco excelente y excelso, son y serán siempre los quijotismos de los Quijotes por venir. La razón de ello se nos alcanza claramente, rotundamente. Los vendabales de la Historia han barrido imperios y civilizaciones, leyes y costumbres, que sepultados yacen en la tumba de las cosas pasadas. No destruyeron—vaciló en su presencia su empuje—los anhelos de Virtud y Justicia palpitantes en la eternidad de los siglos, e igual que la eternidad de los siglos insaciables e imperecederos: Don Quijote de la Mancha—Justicia y Virtud palpitantes—resiste por ello las vendabalescas arremetidas, y contra su figura ciclópea se estrellan y se estrellarán los falsos quijotismos. Y no hay otra razón.

IV

Repuesto apenas de la desventurada aventura de los molinos, cuyas volubles alas le voltearon y le rindieron con Rocinante en tierra, se expresó Don Quijote: «aquél sabio Frestón que me robó el aposento y los libros, ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento»; e invencible el animoso corazón, ya que no la desgraciada suerte de nuestro buen Hidalgo, siguieron él y Panza el camino de Puerto Lápice, «porque allí decía Don Quijote que no era posible dejar de hallar-

se muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero». Sobre dos mulas, pepueñas como dromedarios, vienen por el camino dos frailes, y detrás un coche, y en el coche una dama que va a Sevilla, donde su marido la espera, y en su cortejo «cuatro o cinco de a caballo y dos mozos de mulas a pie». Coinciden sin ir juntos la señora y los frailes. Don Quijote los imagina todos unos. «Gente endiablada y descomunal, dejad luego al punto las altas princesas que en ese coche llevais forzadas», les grita, amenazador, a los frailes. No valen explicaciones ni excusas: «Para conmigo no hay palabras blandas.» Y arremete contra uno de ambos, que se deja caer, previsor de males mayores, y escapa el otro. Sancho—¡oh, cordura de los cuerdos!—va a su vez contra el caído inerme, y comienza a despojarle de sus hábifos, pues «aquello le tocaba a él legítimamente, como despojos de la batalla que su señor Don Quijote había ganado». Mientras habla éste con las damas del coche, los mozos del señorial cortejo, por vengar a los frailes, muelen a coces y tienden sin sentido a Sancho. Uno de ellos, vizcaíno que no cabe sospecha, encárase con Don Quijote, y entre los dos rencorosa lucha se entabla. Se decide el combate en pro del segundo, no por cierto sin rotura de su celada y de una de sus orejas, ni tampoco sin intercesión de las «señoras del coche», quienes consiguen del gentil caballero el perdón del desventurado mozo: «me ha de prometer, le exige Don Quijote, de ir al lugar del Toboso, y presentarse de mi parte ante la sin par Doña Dulcinea, para que ella haga dél lo que más

fuere de su voluntad.» Aceptan «las temerosas y desconsoladas señoras», y acaba felizmente el suceso. Don Quijote y Sancho lo comentan, los dos a solas, y en su amenísimo coloquio pondera aquél la milagrosa eficacia del bálsamo de Fierabrás; jura, dolido del percance de su célada, agravar las abstinencias de su abstinente vida «hasta tanto que quite por fuerza otra celada tal y tan buena como ésta a algún caballero», e insiste en la austeridad de las costumbres obligada a los de su Orden. Llegan, con la noche, a las chozas de unos cabreros, que amablemente los acogen e invitan. Don Quijote permite a su escudero que a su lado se siente: «quiero que aquí a mi lado, y en compañía desta buena gente te sientes, y que seas una misma cosa conmigo, que soy tu amo y natural señor.» Plácense oyendo el canto del zagal Antonio. Escuchan después la historia de los desdichados y no satisfechos amores de Grisóstomo, muerto por los desdenes de la hermosa Marcela. Y al siguiente día... Pero no será lícito avanzar en la ruta de Don Quijote y Sancho sin que nuestra atención se postre cautiva de uno de los mejores y con mejor encarecimiento famosos y repetidos discursos del Ingenioso Hidalgo. La «santa edad» ignorante del «tuyo» y del «mío», en la que, «todas las cosas comunes, a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto»; en la que «todo era paz, todo amistad, todo concordia», y «aun no se había atrevido la

pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella, sin ser forzada, ofrecía por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían»; en la que «se decoraban los concetos amorosos del alma simple y sencillamente, del mismo modo y manera que ella los concebía», y «la justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen»... Porque feneció semejante honesto y deleitoso vivir, e imperaron tras él «estos nuestros detestables siglos», hubo que instituir la Orden de los caballeros andantes, «para defender las doncellas, amparar las viudas y socorrer a los huérfanos y a los menesterosos.» De una edad añorada—poesía de poesía de las cosas que fueron, o que maquinamos que fueron—recibe Don Quijote el ideal de perfección y de pureza que es empeño de su porfía. Trajéronlo a sus entendederas las para él morbosas lecturas de los caballerescos libros, en lo cual no se diferenció de otras su excepcional locura. A lo pretérito o a lo porvenir, sino conjuntamente a lo porvenir y a lo pretérito, miran, cual la de Don Quijote, no escasas de las deplorables locuras que individuos y colectividades padecen. Señoreada de ellos y de ellas la Utopía, y tributarios de la Utopía el odio, la ambición, la ignorancia, el orgullo, las pasiones que desvían de su normal cauce los rectos procederes, urge distinguir, separar y aislar la grandeza de los motivos enaltecedora de los ensueños, y

la ruindad desenfrenada de los torcedores conscientes que disfrazan su peculiar cordura con apariencias de generosa sinrazón. Hemos de separar, hemos de distinguir, también, utopías y utopías: las unas, correligionarias de lo venidero, traen anticipos de experiencia, y será error alocado no apresurarse a tomarla de sus lecciones; las otras, mensajeras del crimen, traen asesoría desesperada, y será cristiano regatearles la ocasión de los equivocados pretextos en que se ejercita y apacienta su industria. El discurso de Don Quijote a los cabreros—«que sin respondella palabra, embobados y suspensos, le estuvieron escuchando»—canta y ensalza las armonías de la Naturaleza, y su ejemplaridad para los hombres: «En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo... La ley del encaje aun no se había sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había que juzgar ni quien fuese juzgado». Plácida utopía la de Don Quijote en el cadencioso y elocuente himno. Con ninguna de las aquí recordadas tiene parangón acertado, sino en aquello que por su condición a cualesquiera utopías conviene. Guárdalo, a no dudar, con las que, en su razón aislada, y para su privado consuelo, fabrican y sustentan calladamente, dentro de sí, los débiles humanos. Una dorada edad echan en falta siempre los pobres y los ricos, los ignorantes y los doctos, los pervertidos y los santos, los humanos, en fin, débiles y menesterosos — por

humanos—poco más, poco menos; una dorada edad en cuyo seno de amor y de justicia, al modo que cada cual los concibe y entiende, satisfagan la sed ardorosa de sus sentidos o de sus ilusiones. Cada hombre, una utopía lleva inseparable consigo, y una dorada edad—pasada o futura—sonríele en el alma. Sonríele, y corresponde él alentado y gozoso. Un interno espiritual diálogo enciende y aviva las gratas melancolías misteriosas. Calor de sol en los corazones, que lo sienten sin verlo. Ideal de utopía en las almas, que sin verlo lo sienten. (Así en los hombres, asimismo en los pueblos). Lo ve Don Quijote de la Mancha, que este don otorga a su predilecto la locura. Porque lo ve, ha profesado él en la caballería andante... y las generaciones se descubren respetuosas—suspensas y embobadas—al escuchar, por los ecos de tres centurias repetido, el gran discurso de Don Quijote a los cabreros; y hoy como ayer, y mañana como hoy, su actualidad perdura y perdurará—ideal de utopía, calor de sol—en la memoria renovada de las gentes, de las generaciones y del tiempo.

V

De la conversación de Don Quijote con Vivaldo, y de la lectura que Vivaldo hiciera de la «canción desesperada» de Grisóstomo; de la «maravillosa visión» o improvisada aparición de Marcela, y de lo que Marcela dijo para «dar a entender cuán fuera de razón

van todos aquellos que de sus penas y de la muerte de Grisóstomo me culpan»; del entierro del enamorado infeliz, y de lo demás que completa estos capítulos del libro, únicamente anotaremos, porque a nuestra deliberación importa, las frases del Hidalgo que contuvieron a los que marchar pretendían en pos de la justificada pastora, heridos «de la poderosa flecha de los rayos de sus bellos ojos», y «sin aprovecharse del manifiesto desengaño que habían oído». Contúvolos la enérgica voz de Don Quijote: «Ninguna persona, de cualquier estado y condición que sea, se atreva a seguir a la hermosa Marcela, so pena de caer en la furiosa indignación mía. Ella ha mostrado con claras razones la poca o ninguna culpa que ha tenido en la muerte de Grisóstomo, y cuán ajena vive de condescender con los deseos de ninguno de sus amantes, a cuya causa es justo que, en lugar de ser seguida y perseguida, sea honrada y estimada de todos los buenos del mundo, pues muestra que en él ella es sola la que con tan honesta intención vive.» Para Don Quijote, la relatividad de las cosas se empaña con la comprensión absoluta del ideal aposentador de la Justicia, y en los menesteres diversos de la caballería andante en que se emplean su convicción y su brazo, rinde a esa comprensión Don Quijote la incomprensión de su locura. Cuando airadamente proclama que es sola en el mundo la honestidad de la pastora, por defensor se ofrece de la virtud de Honestidad única, «honrada y estimada de todos los buenos». Simboliza él en cosas y personas la posibilidad ideal de los pensamientos que donde-

quiera le sugiere su desvarío. Chocan y pugnan en las aventuras del ilustre manchego la posibilidad ideal y la posibilidad real, que de los símbolos prescinde. Triunfó la última (la primera en los azares humanos) en el suceso de los yangüeses apaleadores de Rocinante, y de Don Quijote y Sancho. Castigo de su imprevisión lo considera Don Quijote, ya que «no había de poner mano a la espada contra hombres que no fuesen armados caballeros». Amo y criado buscan reposo en una venta, luego de apaleados y molidos. Recíbenlos el ventero, su mujer, su hija («doncella, muchacha y de muy buen parecer») y una moza asturiana «ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del un ojo tuerta, y del otro no muy sana», llamada Maritornes, que en la venta servía. Se acostó Don Quijote en «una muy mala cama». La ventera y su hija «le emplastaron de arriba abajo», para curar los cardenales de su cuerpo. Agradeció él «el servicio que me habedes fecho». Junto al de Don Quijote, acomodó su lecho el abatido Sancho, y junto al de éste descansaba en el suyo un arriero, también en la venta alojado. En silencio la venta, y sin otra luz que la de «una lámpara que colgada enmedio del portal ardía», penetró en el dormitorio—pajar, establo—la Maritornes, dispuesta a cumplirle al arriero palabra de «satisfacerle el gusto en cuanto le mandase». Don Quijote, despierto aún, imaginaba «haber llegado a un famoso castillo, y que la hija del ventero lo era del señor del castillo, la cual, vencida de su gentileza, se había enamorado dél, y prometido que aquella noche, a furto de sus padres, vendría

a yacer con él una buena pieza». Y en tanto que nuestro Héroe «propuso en su corazón de no cometer alevosía a su señora Dulcinea», entró Maritornes; y la sintió Don Quijote, asióla fuertemente, y enternecido y amoroso se excusa de la imposibilidad en que se halla, por quebrantado ahora, y siempre por la fe guardada a su sin par Dulcinea. Lo oye, lo escucha el arriero, sale de su camastro, levanta el puño, lo descarga en el rostro de Don Quijote, sobre cuyas costillas, para mayor desahogo, le pasea «más que de trote» los pies. Despierta, enciende un candil y acude el ventero. Maritornes se refugia en la cama de Sancho. Despierta Sancho, y asustado, reparte puñadas a diestro y siniestro. Alcanzan «no sé cuántas» a Maritornes, que las devuelve reiteradas a Sancho, y los dos se enzarzan en pelea. Arriero y ventero socorren a la moza. Un cuadrillero de la Santa Hermandad vieja de Toledo, hospedado aquella noche en la venta, pregunta a Don Quijote (a quien poco antes supuso muerto, y sus matadores a los otros): «Pues ¿cómo va, buen hombre?» «Hablara yo más bien criado, respondió Don Quijote, si fuera que vos: ¿úsase en esta tierra hablar desa suerte a los caballeros andantes, majadero?» La réplica del cuadrillero tornó la oscuridad a la estancia, porque el candilazo en que consistiera volcó el aceite del candil, a la vez que descalabró a nuestro amigo. Nuestro amigo razona tales golpes, amarguras tales, en plática con Sancho: «conjeturo que el tesoro de la fermosura desta doncella—la hija del señor del castillo—le debe guardar algún encantado moro, y

no debe de ser para mí.» Pide a Sancho que se procure los ingredientes «para hacer el salutífero bálsamo», y Sancho los pide, y el ventero le provee. Lo hace Don Quijote, bebe de su contenido, vomita, suda, y duerme descansado tres horas. No le sentó a Sancho igual que a Don Quijote el brebaje, sino con ansias, bascas, trasudores y desmayos. «Yo creo que todo este mal te viene de no ser armado caballero», dícele su señor. «Si eso sabía vuestra merced, ¿para qué consintió que lo gustase?», le arguye, sensato y lógico, el escudero. Ha llegado el instante de partir de la venta. Don Quijote, afable y cortés, se despide del ventero: «Muchas y muy grandes son las mercedes, señor alcaide, que en este vuestro castillo he recibido...» Le indica el ventero que se atenga a pagar su gasto, y le descubre que la venta es venta y no castillo. «Engañado he vivido hasta aquí, que en verdad que pensé que era castillo, y no malo», confiesa Don Quijote. No satisfacen al ventero las explicaciones del Hidalgo: «yo no puedo contravenir a la Orden de los caballeros andantes, de los cuales sé cierto que jamás pagaron posada»; y así, persiste desabrido: «págueseme lo que se me debe, y dejémonos de cuentos ni de caballerías.» Y Don Quijote: «Vos sois un sandio y mal hostelero», concluye; y resuelto y altivo, y sin mirar atrás, sálese de la venta. Queda rezagado Sancho, y de él reclama el ventero, y Sancho niégase, atenido a su calidad ventajosa de escudero de caballero andante; y en su persona, manteándolo y holgándose con él «como con perro por carnestolendas», vengan y cobran la cuen-

ta no pagada los cuatro perailes de Segovia, los tres agujeros del Potro de Córdoba y los dos vecinos de la heria de Sevilla que a la sazón están allí presentes.

VI

No era castillo, sino venta, y exclamó al saberlo Don Quijote: «Engañado he vivido hasta aquí.» Nunca leo sin emoción estas palabras, que todos los hombres, cuerdos y vesánicos, pueden con razón proferir en cada hora de su vida, y que sólo algunos, los escogidos de la razón consciente, saben pronunciar con acompañamiento de contrita esperanza. «Engañado he vivido», confiesa, inocente y humilde, nuestro glorioso Hidalgo. ¿Qué fueron, pues, las realidades de la noche pasada y padecida en la venta? ¿Qué del amor de la fogosa doncella castellana? ¿Qué de los riesgos en que la hermosa puso la honestidad y la lealtad de Don Quijote, sumiso esclavo de su Dulcinea tobosina? ¿Qué de las puñadas del arriero, de las de Sancho a Maritornes, de las de Maritornes a Sancho, de las de los dos entre sí, y del candilazo del cuadrillero de la vetusta Hermandad toledana sobre la cabeza del propio Don Quijote? Una realidad negativa compendia y resume lo acaecido durante la desasosegada noche: que Don Quijote «ha vivido engañado». El sabio Frestón robó el aposento y los libros del caballero, y cambió en molinos los gigantes. Ningún engaño implicó ello para éste. Lo ha habido

en la venta. Don Quijote la creyó castillo, y alcaide al ventero; y cuando, sanado él por el bálsamo milagroso, vuelve a emprender las rutas de su vagar inciertas, la noche triste le revela y delata el engaño en que hasta aquí ha vivido. Final triste de una triste noche, que se repetirá, providencialmente, en la última del valeroso personaje, cobrada la integridad del juicio y a punto de confundirse en los espacios de la Eterna Cordura. De su engaño no derivará la sinrazón de Don Quijote, al modo de la razón de muchos que de cuerdos son reputados, prudente aviso encauzador de sus futuras andanzas. ¿Quién habrá tan extrañadizo que lo extrañe, si observa y medita la identidad que en orden a los desengaños perdidos niveló con frecuencia a desequilibrados y a ecuánimes? «He vivido engañado»; pero en sus aventuras incide. La esperanza contrita, la contrición parca y sigilosa, no caben en su espíritu, sublimado por un ideal que enajenó las potencias de su ser entero. Sancho le reprocha: «lo que yo saco en limpio de todo esto, es que estas aventuras que andamos buscando, al cabo al cabo nos han de traer a tantas desventuras que no sepamos cuál es nuestro pie derecho»; y «lo que sería mejor y más acertado, según mi poco entendimiento, fuera el volvernos a nuestro lugar ahora que es tiempo de la siega». Contesta Don Quijote: «Calla y ten paciencia, que día vendrá donde veas por vista de ojos cuán honrosa cosa es andar en este ejercicio». Y a seguida le interroga y advierte: «¿Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? Pues toda es cuajada de un copiosísimo ejército». Su

fantasía esplendorosa trae a su verbo exhuberante nombres de héroes, de naciones y de provincias. Pregúntale otra vez a Sancho: «¿oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores?» Sancho nada más oye «balidos de ovejas y carneros». Dos rebaños se acercan. Don Quijote «se entró por medio del escuadrón de las ovejas y comenzó de alanceallas». Don Quijote quiere vengar de Alifanfarón de la Trapobana al emperador Pentapolín del arremangado brazo, y da muerte a inofensivos animales. Los pastores le apedrean sañudos para defender a sus reses, y el tino con que se concierta su puntería da con el Hidalgo en el suelo, «llevándole de camino tres o cuatro dientes y muelas de la boca, y machucándole malamente dos dedos de la mano». En la noche del día de semejante hazaña, unas luces, unos hombres (sacerdotes algunos) y una litera en que un cadáver a enterrar conducían, excitaron figuraciones peligrosas en la mente del incansable manchego. Exige a los de la comitiva detallada cuenta de quiénes son, de dónde vienen y adónde van. Responde esquiva y agriamente uno de ellos. Amenázale Don Quijote. La mula del amenazado encabrítase y derriba a su dueño. Uno de los mozos del cortejo denuesta a Don Quijote, el cual arremete, desbarata y pone en fuga a la medrosa comitiva. Ha caído de su caballo, herido por el lanzón de nuestro andante, otro de los que en ella iban: «suplico a vuestra merced (implora), si es caballero cristiano, que no me mate; que cometerá un gran sacrilegio, que soy licenciado y tengo las primeras órde-

nes». Don Quijote y el bachiller—que no licenciado—amigablemente se hablan, explícito el segundo en las noticias que el primero exigiera. El trance acabado, Don Quijote, cuerdo en su locura, o en su cordura loco, dícele a su escudero: «Yo entiendo, Sancho, que quedo descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada *iuxta illud: si quis suadente diabolo*, etc., aunque sé bien que no puse las manos, sino este lanzón; cuánto más que yo no pensé que ofendía a sacerdotes ni a cosas de la Iglesia, a quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy, sino a fantasmas y a vestiglos del otro mundo. Y cuando eso fuese así, en la memoria tengo lo que le pasó al Cid Ruiz Díaz, cuando quebró la silla del embajador de aquel rey delante de Su Santidad el Papa, por lo cual le descomulgó, y anduvo aquel día el buen Rodrigo de Vivar como muy honrado y valiente caballero.» Omito lo que narra a continuación la historia. Una noche obscurísima, y «unos golpes a compás, con un cierto crugir de hierros y cadenas», y acobardado Sancho, y Don Quijote enardecido y belicoso, y Rocinante inmóvil. Ni el cuento del pastor o cabrerizo y del paso de sus cabras por el río Guadiana, con que Sancho intentó distraer o entretener a Don Quijote su amo, ni los desahogos que, conjurados el temor y la naturaleza, impuso al escudero la interior ley que sus corpóreas necesidades regía, consignaré y registraré en las páginas de mi Discurso. Hubo noches aciagas—lo prueban y evidencian los pasajes ya reseñados—en la historia de Don Quijote. La que suprime nuestra discreción re-

flexiva; la que apellidaremos «de los seis mazos de batán», por los estragos morales y físicos que ellos involuntariamente causaron, en el número de las más aciagas y peores figuran, porque en el sombrío curso de sus horas interminables, un tinte miedoso, tenue y momentáneo siquiera, matizó unos instantes el ánimo esclarecido de Don Quijote de la Mancha...

VII

Lisonjeábase Don Quijote con el hallazgo o adquisición valiosa de lo que imaginaba el yelmo de Mambrino, y satisfacíase Sancho con el uso que hiciese de la licencia de su señor para desvalijar al «caballo rucio rodado» del vencido y fugitivo barbero, despojado de su bacía. Caminaban sin rumbo fijo, que a elección de Rocinante dejaron, y soñaban más que charlaban, entregados a un interesante coloquio. Sancho insinúa: «que nos fuésemos a servir a algún emperador o a otro príncipe grande que tenga alguna guerra, en cuyo servicio vuestra merced muestre el valor de su persona, sus grandes fuerzas y mayor entendimiento; que visto esto del señor a quien sirviéremos, por fuerza nos ha de remunerar a cada cual según sus méritos, y allí no faltará quien ponga en escrito las hazañas de vuestra merced para perpetua memoria». De este modo razona Sancho horas después del despojo de la bacía cometido por Don Quijote, y de haber dicho tomándola en sus manos: «Por Dios

que la bacía es buena, y que vale un real de a ocho, como un maravedí». Cuerdo ante la bacía que toma por yelmo Don Quijote, Sancho, no obstante, eclipsada en él la cordura, pronto habla al unísono del resecado caballero: éste háblale a él de magnas aventuras en que juegan su papel victorias y desencantamientos, dádivas y atenciones de un rey, de una reina y de una infanta, amores concertados y boda con la hija del rey, y muerte del rey, y herencia y sucesión de su reino; y el que tanto logra por conquista de su valor triunfante, abruma con mercedes y honores a su escudero, y lo casa «con una doncella de la infanta, que será, sin duda, la que fué tercera en sus amores, que es hija de un duque muy principal». Sancho, en plenitud de sugestión ambiciosa, presuroso responde: «Eso pido, y barras derechas; a eso me atengo, porque todo al pie de la letra ha de suceder por vuestra merced, llamándose el Caballero de la Triste Figura». Cierta dificultad se ofrece, entre varias, para que Don Quijote alcance la elevación de hidalgo a yerno de monarca: «no sé yo cómo se podía hallar que yo sea de linaje de reyes, o por lo menos primo segundo de emperador», sin lo cual «no me querrá el rey dar a su hija por mujer». Y añade: «Bien es verdad que yo soy hijodalgo de solar conocido, de posesión y propiedad, y de devengar quinientos sueldos; y podría ser que el sabio que escribiese mi historia deslindase de tal manera mi parentela y descendencia, que me hallase quinto o sexto nieto de rey. Porque te hago saber, Sancho, que hay dos maneras de linajes en el mun-

do: unos, que traen y derivan su descendencia de príncipes y monarcas, a quien poco a poco el tiempo ha deshecho, y han acabado en punta, como pirámimides; otros tuvieron principio de gente baja, y van subiendo de grado en grado, hasta llegar a ser grandes señores. De manera que está la diferencia en que unos fueron que ya no son, y otros son que ya no fueron, y podría ser yo destos»... Unos galeotes, encadenados y esposados, y por guardianes conducidos, venían y avanzaban por donde iban nuestros dos personajes. Los vió Don Quijote, y enterado—por su escudero—de que «es gente que por sus delitos va condenada a servir al Rey en las galeras, de por fuerza», júzgase en el trance oportuno de ejercer su oficio: ellos «van de por fuerza, y no de su voluntad» y él la misión profesa de «socorrer y acudir a los miserables». Pide a los guardianes le informen de la causa o causas que el suceso motivan. Le contestan que por sí él las averigüe preguntando a los conducidos. Les pregunta; le responden cínicos e ingeniosos, y de ellos no supera ninguno al que dice denominarse Ginés de Pasamonte. Deduce Don Qujote: «hermanos carísimos, he sacado en limpio que, aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais a padecer no os dan mucho gusto, y que vais a ellas muy de mala gana, y muy contra vuestra voluntad, y que podría ser que el poco ánimo que aquél tuvo en el tormento, la falta de dineros deste, el poco favor del otro, y finalmente el torcido juicio del juez hubiese sido causa de vuestra perdición, y de no haber salido con la justicia que de vuestra

parte teníades». Señores Académicos: no discurrieron mejor, ni con más sólido fundamento, algunos penalistas posteriores a la centuria en que vivió y murió el Ingenioso Hidalgo; no encontraron superiores ni más contundentes alegaciones las democráticas niveladoras ideas, predominantes en nuestros afortunados días, para enunciar, patrocinar y propagar las ventajas jurídicas y sociales de innovaciones y reformas, tan saturadas de objetismo generoso—cristiano, o neutro—que en su fondo se confunden y mezclan la altruísta o sectaria estimación de los delincuentes y el despiadado olvido, si no el inclemente menosprecio, de las víctimas infelices. Invita Don Quijote al comisario y a los guardianes para que desaten y dejen ir en paz a los galeotes. Suponéis la contestación: «enderécese ese bacín que trae en la cabeza, y no ande buscando tres pies al gato», el comisario le aconseja burlón y agresivo. Contra él arremete el caballero, y le hiere, y le derriba. Los guardianes arremeten contra Don Quijote. Los galeotes, rompiendo sus cadenas, secundan a Ginés y a Sancho contra el comisario y los guardianes. Con Don Quijote y su escudero quedan los galeotes amos del campo. Encárgales aquél que en el Toboso se presenten y a Dulcinea expliquen «punto por punto los que ha tenido esta famosa aventura». Ginés de Pasamonte cree preferible «mudar ese servicio y montazgo de la señora Dulcinea del Toboso en alguna cantidad de avemarías y credos, que nosotros diremos por la intención de vuestra merced»; el ir juntos hacia el Toboso equivaldría a «volver ahora a las

ollas de Egipto», o de la Santa Hermandad. Las palabras de Ginés irritan y ponen en cólera a Don Quijote. Las que Don Quijote replica mueven la no sufrida voluntad de Ginés. Saltan las piedras, los apedreadores atinan certeros, Don Quijote cae, le golpea uno de sus libertados, quítanle otros la ropilla que sobre las armas llevaba, despojan del gabán a Sancho. Dejan a nuestro Héroe «mohinísimo de verse tan mal parado por los mismos a quien tanto bien había hecho». Tardíamante recuerda que «hacer bien a villanos es echar agua en la mar». Tardíamente, en todo caso, como ratifican y confirman, en uno de los capítulos que siguen, sus reposadas, serenas y nobles interrogaciones a los cuadrilleros de la Santa Hermandad que por «salteador de caminos», y en virtud de autorizado mandamiento, se dispusieran a prenderle: «Venid acá, gente soez y mal nacida, ¿salteador de caminos llamáis al dar libertad a los encadenados, soltar los presos, acorrer a los miserables, alzar los caídos, remediar los menesterosos? ¡Ah, gente infame, digna, por vuestro bajo y vil entendimiento, que el cielo no os comunique el valor que se encierra en la caballería andante, ni os dé a entender el pecado e ignorancia en que estáis en no reverenciar la sombra, cuanto más la asistencia, de cualquier caballero andante! Venid acá, ladrones en cuadrilla, que no cuadrilleros, salteadores de caminos, con licencia de la Santa Hermandad; decidme, ¿quién fué el ignorante que firmó mandamiento de prisión contra un tal caballero como yo soy? ¿Quién el que ignoró que son exentos de todo judicial fuero los caballeros an-

dantes, y que su ley es su espada, sus fueros sus bríos, sus pragmáticas su voluntad? ¿Quién fué el mentecato, vuelvo a decir, que no sabe que no hay ejecutoria de hidalgo con tantas preeminencias ni exenciones como la que adquiere un caballero andante el día que se arma caballero y se entrega al duro ejercicio de la caballería? ¿Qué caballero andante pagó pecho, alcabala, chapín de la reina, moneda forera, portazgo ni barca? ¿Qué sastre le llevó hechura de vestido que le hiciese? ¿Qué castellano le acogió en su castillo, que le hiciese pagar el escote? ¿Qué rey no le asentó a su mesa? ¿Qué doncella no se le aficionó, y se le entregó rendida a todo su talante y voluntad? Y finalmente, ¿qué caballero andante ha habido, hay ni habrá en el mundo, que no tenga bríos para dar él solo cuatrocientos palos a cuatrocientos cuadrilleros que se le pongan delante?» Tranquilícense los que no hayan leído el libro, que abundan en España. Los cuadrilleros no consumaron su obligación. Un amigo de Don Quijote, el cura de su lugar, los convenció, no sin trabajo, de que el gran manchego «era falto de juicio». Falto de juicio era, con efecto, un hombre que no sabía distinguir entre caídos y caídos, entre menesterosos y menesterosos, entre miserables y miserables. El mundo se afana diligente por establecer, acrisolar y perfeccionar esa distinción de justicia. Don Quijote, loco, parecía inspirarse, irreverente para con los alambicados distingos, en el «amaos los unos a los otros» que los cuerdos han sentido y han practicado, a veces, con cordura excesiva.

VIII

Se entraron «por una parte de Sierra Morena». Durante la noche, desposeyó de su jumento a Sancho, mientras éste dormía, Ginés el galeote, que luego de la liberación en que Don Quijote le puso, y por no malograrla y perderla en las tupidas y opresoras redes de la Santa Hermandad, huyó, como ellos, en la dirección de la Sierra. Consuela a Sancho el caballero «prometiendo de darle una cédula de cambio, para que le diesen tres en su casa, de cinco que había dejado en ella». Una mula muerta, una maleta y un cojín, son indicios notorios de que donde nuestros amigos se hallan, se halló y pasó anteriormente alguna persona. En la maleta hay un libro de memorias, y en el libro un soneto y una carta que publican amores. Lee Don Quijote la carta y el soneto. Los escribió Cardenio, prometido de Luscinda; Cardenio, que, a medias vestido, y enloquecido a ratos, salta y brinca a sus solas en la intimidad de las montañas. De su vagar y de sus maldiciones a su rival Fernando, entérales un cabrero, y con mayor detalle el propio interesado, que se les acerca y de comer les pide. Comienza él a relatarles la traición de Fernando, esposo de Luscinda por ambiciosa voluntad de los padres de la doncella. Dos incidentes surgen estorbando la narración del acongojado e irascible joven. El primero, por los endiablados libros de ca-

ballerías, inocentes culpables—amancebamiento de Elisabat con la reina Madásima—de que Don Quijote y Cardenio se insulten y golpeen, o, para referir con propiedad las cosas, de que golpee Cardenio a Don Quijote, a Sancho y al cabrero; y el segundo, por acusación del escudero al pastor, reprochándole el no advertirles de la locura de Cardenio, y siguiéndose mutuas y vigorosas puñadas entre el cabrero y Sancho, a quienes, mediador, Don Quijote apacigua. Se aleja el cabrero, se alejó Cardenio, y Don Quijote comunica entonces a Sancho su propósito de imitar a Amadís de Gaula, «cuando se retiró, desdeñado de la señora Oriana, a hacer penitencia en la Peña Pobre, mudando su nombre en el de Beltenebros». La imitación consiste en fingimientos de desesperado, de sandio y de furioso. Sancho: «vuestra merced ¿qué causa tiene para volverse loco?», le pregunta. «Ahí está el punto, y esa es la fineza de mi negocio, insiste su amo; que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias; el toque está en desatinar sin ocasión, y dar a entender a mi dama que si en seco hago esto, qué hiciera en mojado... Loco soy, loco he de ser, hasta tanto que tú vuelvas con la respuesta de una carta que contigo pienso enviar a mi señora Dulcinea; y si fuere tal cual a mi fe se le debe, acabarse ha mi sandez y mi penitencia; y si fuere al contrario, seré loco de veras, y siéndolo, no sentiré nada.» Adecuado sitio encuentra Don Quijote para su penitencia: «Este es el lugar, ¡oh, cielos!, que diputo y escojo para llorar la desventura en que vosotros mismos me ha-

béis puesto»; y a tenor de semejante traza y estilo, enjareta nuestro desvencijado Hidalgo un sonoro y no extenso discurso. Viene a parar su plática con Sancho en la mención de los padres de Dulcinea, y en la sorpresa del desengañado escudero, «que pensaba bien y fielmente que la señora Dulcinea debía de ser alguna princesa de quien vuestra merced estaba enamorado». Copiemos la contestación de Don Quijote: «Has de saber que una viuda hermosa, moza, libre y rica, y sobre todo desenfadada, se enamoró de un mozo motilón, rollizo y de buen tomo: alcanzólo a saber su mayor, y un día dijo a la buena viuda por vía de fraternal reprensión: Maravillado estoy, señora, y no sin mucha causa, de que una mujer tan principal, tan hermosa y tan rica como vuestra merced, se haya enamorado de un hombre tan soez, tan bajo y tan idiota como fulano, habiendo en esta casa tantos maestros, tantos presentados y tantos teólogos en quien vuestra merced pudiera escoger como entre peras, y decir este quiero, aqueste no quiero. Mas ella le respondió con mucho donaire y desenvoltura: Vuestra merced, señor mío, está muy engañado, y piensa muy a lo antiguo, si piensa que yo he escogido mal en fulano por idiota que le parece, pues para lo que yo le quiero, tanta filosofía sabe y más que Aristóteles. Así que, Sancho, por lo que yo quiero a Dulcinea del Toboso, tanto vale como la más alta princesa de la tierra... Y así, bástame a mi pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta, y en lo del linaje importa poco, que no han de ir a hacer la información dél... Y para

concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada, y píntola en mi imaginación como la deseo, así en la belleza como en la principalidad.» Escribe luego a Dulcinea. Escribe la cédula a Sancho prometida (libranza, o quizá letra de cambio). Se desnuda, da «dos zapatetas en el aire, y dos tumbas la cabeza abajo y los pies en alto», para que Sancho viere y se penetrare de sus locuras; y el escudero, sobre Rocinante, marcha «contento y satisfecho de que podía jurar que su amo quedaba loco».

IX

El cura y el barbero convecinos y amigos del Ingenioso Hidalgo, salían de la venta en que Sancho hubo de sufrir el holgorio de su manteamiento, a la hora misma en que, caballero sobre Rocinante, y en marcha hacia el Toboso, iba el bueno de Sancho en pos de la gentil y señoril Dulcinea. Le conocieron ellos, le preguntaron por Don Quijote, esquivó él una pertinente respuesta, y la dió al cabo, temeroso de las amenazas con que le conminaron y redujeron. Cayó Sancho en cuenta de que Don Quijote no le entregó la carta ni la cédula, y expansionó a costa de sus barbas la contrariedad que sentía. El cura y el barbero maquinaron estratagema habilidosa para apoderarse de Don Quijote y devolverlo a su lugar, donde se le atienda, y sane o mejore su razón y su salud quebrantada. Guiados por Sancho, intérnanse

los tres en Sierra Morena. Con Cardenio se hallan, que en su cabal juicio, y por ellos afectuosamente tratado, no vacila en relatarles su infortunada historia. Sorpréndeles la aparición de una bella moza. Dorotea se llama; de zagal va vestida. Fernando, el rival de Cardenio, la enguñó y sedujo, con promesa juramentada de matrimonio y poniendo por testimonio a los cielos. Como Cardenio, huída de su hogar estaba, y entre montes abruptos dolíase de su pesar y de su vergüenza. Cardenio promete no desampararla hasta que con Don Fernando la deje. Invítalos el cura a ir con él a su aldea, en la cual, todos en calma, se busque y logre el modo de un feliz desenlace a las desventuras de Cardenio y Luscinda y de Fernando y Dorotea. Les dicen su proyecto de llevarse a Don Quijote, y Dorotea se brinda para reemplazar al barbero en la parte que se atribuyó en la estratagema, con ventaja sin duda, por ser femenino el disfraz y ser ella mujer. A Don Quijote contemplan «desnudo, en camisa, flaco, amarillo y muerto de hambre». Se postra en su presencia la víctima del aprovechado Fernando: es la princesa Micomicona, hija de Tinacrio el Sabidor, despojada de su reino por el gigante Pandafilando de la Fosca Vista: matar al gigante, restaurarla en su trono, casar con ella, si por tal la quisiere, habrá de realizar, y para eso la princesa le implora, el Héroe incomparable. Acepta Don Quijote. No acometerá ninguna aventura en tanto la princesa Micomicona no se sentare libre y descansada en su trono. Sólo en lo de casarse deja él a salvo su condición rendida: «mientras que yo

tuviere ocupada la memoria y cautiva la voluntad, perdido el entendimiento por aquella... y no digo más, no es posible que yo arrostre ni por pienso el casarme, aunque fuese con el ave fénix». A un lado el señor y el escudero, explica Sancho a Don Quijote su viaje al Toboso y su visita a Dulcinea. Sancho inventa lo uno y lo otro. La conversación de amo y criado en este lugar del libro, no será nunca bastante ponderada. «Y finalmente me dijo (Sancho se expresa) que dijese a vuestra merced que le besaba las manos, y que allí quedaba con más deseo de verle que de escribirle; y que así le suplicaba y mandaba saliese de aquellos matorrales, y se dejase de hacer disparates, y se pusiese luego en camino del Toboso, si otra cosa de más importancia no le sucediese, porque tenía gran deseo de ver a vuestra merced». Promueven los consejos de Dulcinea inquietudes y confusiones en el ánimo de Don Quijote. Le acosa y fatiga el afán de ver a su señora, y le incita y atrae la fe y la gloria que ha de lograr en la empresa para que se ha obligado. Sancho también se atreve a aconsejarle, y es su parecer que se case presto con la princesa: Don Quijote le ataja ofreciéndole que sin casarse, y una vez haya vencido y muerto al gigante Pandafilando, conseguirá para él las mercedes anheladas y consabidas. Y abandonan la Sierra, juntos, el cura y el barbero, Dorotea y Cardenio, y Don Quijote y Sancho; y se recogen y descansan en la venta famosa donde el último experimentó y averiguó un día que los hombres ascienden y descienden en el espacio, siquiera con menos suavidad y agilidad que las aves.

X

Acuéstase en la venta Don Quijote, y dormido sueña que ha llegado al reino de Micomicón y que con el gigante lucha; y sin despertar se incorpora, y con su espada acuchilla y rasga unos cueros de vino. Corre por tierra el vino, maldicen el ventero y la ventera, ayúdalos en la maldición Maritornes, y el cura los sosiega y aplaca. Ha proporcionado al cura el ventero un manuscrito que en cierto maletín conserva. Léelo el sacerdote, y atentos y complacidos le escuchan los demás, salvo Don Quijote, que en su no muelle cama delira o reposa. Contiene el manuscrito la novela del *Curioso impertinente:* la aleccionadora relación de la imprudencia de Anselmo con Camila su consorte y con Lotario su amigo. «Bien, dijo el cura, me parece esta novela, pero no me puedo persuadir que esto sea verdad; y si es fingido, fingió mal el autor, porque no se puede imaginar que haya marido tan necio que quiera hacer tan costosa experiencia como Anselmo.» Varios hombres a caballo, y una dama con ellos, tapados los rostros, y dos mozos de a pie, solicitan alojarse en la venta. Suspira triste la mujer. La acompaña un caballero embozado. A los dos la casualidad los descubre, y Cardenio conoce en la mujer a Luscinda, y Dorotea conoce en el caballero a Fernando. (Consigna la historia «que la noche que D. Fernando se desposó con

Luscinda, después de haber ella dado el «sí» de ser su esposa, le había tomado un recio desmayo, y que llegando su esposo a desabrocharle el pecho para que le diese el aire, le halló un papel escrito de la misma letra de Luscinda, en que decía y declaraba que ella no podía ser esposa de D. Fernando, porque lo era de Cardenio, y que si había dado el «sí» a don Fernando, fué por no salir de la obediencia de sus padres», y también «que ella habia tenido intención de matarse en acabándose de desposar».) Se abrazan Cardenio y Luscinda. Dorotea se postra ante D. Fernando y le habla: «Tú tienes a tus pies a tu esposa, y la que quieres que lo sea, está en los brazos de su marido.» D. Fernando responde: «volved y mirad los ojos de la ya contenta Luscinda, y en ellos hallaréis disculpa de todos mis yerros; y pues ella halló y alcanzó lo que deseaba, y yo he hallado en vos lo que me cumple, viva ella segura y contenta luengos y felices años con su Cardenio, que yo de rodillas rogaré al cielo que me los deje vivir con mi Dorotea.» Con los otros enmascarados viene él de raptar a Luscinda, la cual, en seguida de desposada, buscó refugio en un monasterio, donde llevaba algunos meses, fugitiva del hogar de sus padres. Dos nuevos pasajeros piden en la venta hospedaje: un cristiano y «una mujer a la morisca vestida». Rodean a ésta las mujeres. No las entiende apenas. Mora «en el traje y en el cuerpo; pero en el alma muy grande cristiana, porque tiene grandísimos deseos de serlo», explícales su acompañante. Llámase Zoraida la del morisco traje, y el capitán Viedma el cristiano viaje-

ro. A la hora de comer, «sentáronse todos a una larga mesa, y dieron la cabecera y principal asiento a Don Quijote». Y aquí el libro registra, y yo registro ahora, el «curioso discurso que hizo Don Quijote de las armas y las letras». Unicamente el fin y paradero de las letras divinas (no el de las humanas), «que tienen por blanco llevar y encaminar las almas al cielo», supera en calidad y alteza al que atienden las armas: la paz, «verdadero fin de la guerra». Padece el estudiante—en hambre, en desnudez, en frío—los trabajos de la pobreza, Los padece peores y mayores el soldado, «atenido a la miseria de su paga», nunca suficiente, y no siempre a su tiempo. El vestir que su no vestir pregona, el descansar en el lecho de la tierra, «sin temor que se le encojan las sábanas», y la preterición injusta con que se recompensa su heroísmo, cuando no se anticipa a la recompensa la muerte, prueban que «aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio». La preeminencia de las armas sobre las letras, se apoya en que «con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despojan los mares de corsarios». Al soldado, que no al estudiaste u hombre de letras, le pone constantemente su oficio en riesgo de perder la vida. ¿Qué fatiga, si no, compararemos con la del soldado, «que hallándose cercado en alguna fuerza, y estando de posta o guarda en algún rebellín o caballero, siente que los enemigos están minando hacia la parte donde él está, y no puede apartarse de allí por ningún caso, ni huir el peligro que de tan cerca

le amenaza?» ¿Ni qué peligro iguala al de «embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso; las cuales enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado más espacio del que conceden dos pies de tabla del espolón», y a pesar de esto procura pasar al bajel de enfrente, «viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, cuántos cañones de artillería se asestan de la parte contraria?» Execra Don Quijote los «instrumentos de la artillería», servidores de la traición cobarde; considera a su inventor digno de las penalidades del infierno, y pésale a él de ejercitar su profesión caballeresca en detestables días, que le ponen en el recelo fundado de si «la pólvora y el estaño» cortarán su existencia, impidiéndole acrecer y extender la fama de su glorioso nombre «por todo lo descubierto de la tierra».

XI

Cómo el apellidado Viedma se despidió de su padre y hermanos, salió de su casa, embarcó en Alicante, estuvo en Génova y en Milán, sirvió a las órdenes del Duque de Alba en Flandes, alcanzó el grado de alférez, ascendió a capitán, volvió a Italia, luchó contra el turco en Lepanto, cayó herido y prisionero, tuviéronlo en Constantinopla y en Argel; cómo desde el patio de su cárcel vieron él y los otros que con él padecían cautiverio, salir y asomar por las ventanillas de una casa próxima una caña y un lien-

zo, y el lienzo envolvía unas monedas de oro y un papel escrito, que un renegado leal tradujo, donde Zoraida, hija de un moro rico e influyente, hacía protestas fervorosas de su amor a la Virgen María, y pedía ir a tierra de cristianos; cómo pagó él su rescate, y habló a la morisca, y le ofreció y reiteró que sería su esposo, y compró una barca, y en la barca huyeron, y arribaron a las costas de España... Viedma lo explicó, describió y detalló, con los mil episodios que adornan, completan, avaloran y embellecen tan emocionante suceso, del cual el sobrenombre de «el cautivo» recibe su narrador protagonista. No termina aquí, sino que prosigue, la historia del cautivo, con él hospedarse a poco en la venta el licenciado y oidor D. Juan Pérez de Viedma y su hija Doña Clara, y con el reconocerse el oidor y el capitán. «Las palabras que entrambos hermanos se dijeron, los sentimientos que mostraron, apenas creo que puedan pensarse, cuanto más escribirse». De Clara enamorado el mancebo D. Luis, su vecino, ha llegado en pos de ella, que le oye cantar, y su presencia advierte por su voz y sus versos. En perseguimiento del joven, enviados por su padre, han venido unos criados. Dormido le encuentran «al lado de un mozo de mulas, bien descuidado de que nadie ni le buscase, ni menos de que le hallase». Llevarlo quieren, por cumplir el mandato que traen. Se resiste D. Luis. Cardenio media en su favor. Dorotea, Doña Clara, D. Fernando, D. Juan, el cura, el barbero, Don Quijote, asisten a parte de la escena. Uno de los criados indica al oidor la persona que es

el mancebo. D. Luis confiesa al oidor su enamoramiento por Doña Clara, y D. Juan le acoge con indulgencia alentadora. A ruegos de la ventera y de su hija, y con permiso de la princesa Micomicona, Don Quijote interviene en una disputa del ventero con dos huéspedes. Se marchaban éstos sin abonar su gasto. Reclamó el ventero. Se enredaron a golpes. Las razones discretas que, sin apelar a las armas, diérales Don Quijote los convencieron de que pagar debían, y satisficieron su deuda, y la aventura se remató con ventura para los contendientes y para el bolsillo del hostelero. Pareció por la venta el barbero despojado de la bacía o yelmo de Mambrino, y vió en la cuadra a Sancho y a su rucio (recuperado del propio Ginés que lo hurtó una noche al escudero), y arremete a Sancho demandándole la bacía y la albarda de su pertenencia. Sepáralos Don Quijote. Contra la opinión del barbero exigente, acuerdan todos, por D. Fernando preparados, que la bacía es yelmo, y jaez la albarda. Exceptúase de lo acordado un cuadrillero de la Santa Hermandad, entre varios allí presentes, que mal lo pasara si el lanzón del caballero andante no se rompiese al chocor en el suelo. El cura y D. Fernando tornan la normalidad a los excitados cuadrillero y barbero, y recobra la suya Sancho, testigo de que la Micomicona—Dorotea, y no princesa—se besa con D. Fernando a hurtadillas. Ya de noche, Don Quijote, en su no muelle lecho, descansa.

XII

Y dormido, lo sacaron del lecho, y lo metieron en una jaula, y la jaula con él acomodaron en un carro de bueyes. Al despertar, rodéanle fantasmas (iban con el rostro tapado), e imagínase víctima de encantamiento. «No te dé afincamiento la prisión en que vas, porque así conviene para acabar más presto la aventura en que tu gran esfuerzo te puso. La cual se acabará cuando el furibundo león manchego con la blanca paloma tobosina yacieren en uno, ya después de humilladas las altas cervices al blando yugo matrimoñesco.» Es el que habla el barbero (el amigo de Don Quijote, porque del de la bacía y de la albarda no hay para qué acordarse). De él y del cura se despiden, con ruego de que nuevas les comuniquen del Ingenioso Hidalgo, nuestros conocidos Luscinda, Dorotea, Zoraida, Doña Clara, el oidor, el capitán, D. Fernando, Cardenio y D. Luis. Para la ventera y su hija, y para Maritornes, que fingidamente lloraban, pronunció Don Quijote frases de resignación y consuelo: «no lloréis, mis buenas señoras, que todas estas desdichas son anejas a los que profesan lo que yo profeso; y si estas calamidades no me acontecieran, no me tuviera yo por famoso caballero andante.» Miradlo, señores Académicos: «las manos atadas, tendidos los pies y arrimado a las verjas». Mirad a su escudero, cuerda, fiel y ca-

lladamente detrás del carro. Don Quijote medita. Compárase con otros caballeros encantados: a ninguno llevaron como a él se le lleva, sino «por los aires, con extraña ligereza, encerrados en alguna parda y escura nube, o en algún carro de fuego». Razona su excepcional caso: «quizá la caballería y los encantos destos nuestros tiempos deben de seguir otro camino que siguieron los antiguos», o quizá, para él, «el primero que ha resucitado el ejercicio de la caballería aventurera, se hayan inventado otros géneros de encantamientos y otros modos de llevar a los encantados». La comitiva que conducido y conductores forman, se aumenta en el trayecto con la de «hasta seis o siete hombres de a caballo», uno de ellos canónigo, acompañado de los seis o los cinco. Los últimos a los primeros alcanzan, por la lentitud de los bueyes y la rapidez de las mulas (que mulas y no caballos eran). Se informa el canónigo; entéranle de la locura de Don Quijote y de la estratagema con que a su lugar lo devuelven. El canónigo y el cura conversan largamente de libros de caballerías y de comedias. Posee el canónigo discurso peregrino e intensa cultura. Sancho, mientras los sacerdotes platican, trata de convencer a su señor de que no está encantado. Su señor le responde: «en lo que dices que aquellos que allí van y vienen con nosotros, son el cura y el barbero, bien podrá ser que parezca que son ellos mismos; pero que lo sean realmente y en efecto, eso no lo creas en ninguna manera: lo que has de creer y entender es, que si ellos se les parecen como dices, debe de ser que los que me han en-

cantado habrán tomado esa apariencia y semejanza.» A petición de Sancho, fundada en atendibles previsiones de higiene, sacan a Don Quijote de su angosta y perezosa cárcel, no obstante el temor de que en notándose libre «había de hacer de las suyas». Fían por él el escudero y el canónigo, y él les promete de obedecer su voluntad, «cuanto más que el que está encantado, como yo, no tiene libertad para hacer de su persona lo que quisiere». Desenjaulado y desatado, desentumecido y satisfecho, dialoga con el ilustrado canónigo, el cual, movido a compasión, procura disuadirle de que hubo caballeros andantes, y convencerle de la ventaja de mejores lecturas que las de los libros de caballerías. Contesta cumplidamente Don Quijote, revelando la trastocada lucidez de su admirable ingenio. Una por una, deja refutadas y combatidas las aseveraciones, razones y observaciones del canónigo, y en los términos de su impugnación ampulosa resaltan las nobilísimas calidades de su corazón, de su elocuencia y de su saber pertinente. «De mi sé decir (concluye) que después que soy caballero andante, soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos; y aunque ha tan poco que me vi encerrado en una jaula como loco, pienso por el valor de mi brazo, favoreciéndome el cielo, y no me siendo contraria la fortuna, en pocos días verme rey de algún reino.» Siéntanse a comer juntas en mitad del campo ambas comitivas. Oyen el sonido de una esquila. De entre unas zarzas próximas sale fugitiva una cabra, y en

persecución de la cabra viene apresurado un cabrero. Les cuenta éste que rinde amores a la hija de un labrador, y que a la misma los rinde por su lado un pastor su vecino. A ninguno de los dos corresponde la solicitada doncella, que ha escapado del pueblo con un joven engañador, locuaz y presuntuoso: la despojó el joven de lo que consigo traía, salvo de la honra, y la abandonó y huyó él luego. El padre ha recluído en un convento a la doncella, y los dos pastores, enamorados y afligidos, se duelen de la ausencia en la soledad campesina. Don Quijote escucha la narración, y se lamenta, con sinceridad que no consiente duda, de que su encantamiento le imposibilite de aliviar de su castigo a Leandra (que tal nombre ella usa) y de ponerla en manos del cabrero, «para que hiciérades della a toda vuestra voluntad y talante, guardando empero las leyes de caballería, que mandan que a ninguna doncella le sea fecho desaguisado alguno.» El cabrero califica de loco a Don Quijote, o de burlón al barbero, por quien sabe que pertenece el Hidalgo a la ínclita Orden de los caballeros andantes. Don Quijote le arroja un pan y le hiere en el rostro. Salta el cabrero sobre Don Quijote. Sancho ayuda a su amo. El canónigo y el cura impiden al cabrero que coja un cuchillo, es de suponer con qué mal propósito. Ocurrió entonces algo insólito e incomprensible, y fué que el barbero (el amigo de Don Quijote, porque del de la bacía y de la albarda no hay para qué acordarse), procuró la manera de que Don Quijote quedase debajo del cabrero; y se desesperaba Sancho (en su elogio lo re-

cordemos ahora), y «reventaban de risa el canónigo y el cura» viendo recibir mojicones y con el rostro ensangrentado a nuestro Héroe. Aquiétalos el sonido de una trompeta. Se incorpora el Hidalgo, sube en lomos de Rocinante, prepara sus armas. No tarda una procesión de aldeanos, en rogativas de que el cielo los beneficie con fecunda y provechosa lluvia. En andas y «cubierta de luto» los preside una imagen: «alguna principal señora que llevaban por fuerza aquellos follones y descomedidos malandrines», Don Quijote imagina, y a los disciplinantes requiere para que «al punto dejéis libre a esa hermosa señora, cuyas lágrimas y triste semblante dan claras muestras que la lleváis contra su voluntad, y que algún notorio desaguisado le habedes fecho». Ríen de Don Quijote, advertidos de su locura, los que allí le escuchaban. A uno de los que ríen arremete él con su espada tajante. Con un bastón ú horquilla, o con sólo una parte, pues lo rompió en pedazos, acertándolo, una cuchillada del valeroso caballero, golpéale fuertemente en un hombro el arremetido, cayendo Don Quijote en tierra. La procesión continúa su curso. Vuelto en sí, pide Don Quijote a su escudero que le ayude a ponerse en el boyuno carro. Enjaulado segunda vez, déjase conducir molido y silencioso. El canónigo y sus acompañantes se despiden del barbero y del cura. Continúan su curso, avanzan sin avanzar cuasi, el carro, y en el carro la jaula, y en la jaula Don Quijote, y detrás o a los lados el cura, el barbero y Sancho. Avanzan. Divisan a lo lejos la aldea...

XIII

Ciérrase en esta parte la primera del libro. A Don Quijote hemos acompañado en su ruta, sin suprimir en la narración los sucesos y pormenores que servirnos pueden para conocer y apreciar las características del épico personaje. Conocerlas y apreciarlas nos interesa grandemente, y aun por indispensable lo reputamos; porque cuanto más hubiéramos estudiado la anormal psicología de nuestro Héroe y el armónico desconcierto resultante de ella, nuevos motivos de admiración nos proporcionara el ideal en que su locura culmina. Menos críticos que expositivos fueron los párrafos o capítulos precedentes. Hablan por sí los hechos lo que callan los comentarios, tan unos por lo general en su esencia los intentados y los consumados por el andante caballero, y tan conformes a la misión u obligación de la caballería andante, que con locura deliberada se ha impuesto. Y a la vez, la cordura de su razón gobierna sus determinaciones alocadas, y no le abandona en su meditar y aconsejar respecto de temas, de cuestiones y de asuntos múltiples: oportunidades indeliberadas e inconsciencias de que él demuestre y evidencie la alteza, serenidad y marcha firme de su discreto y adoctrinado juicio. Su ideal de Justicia, su ideal, uno también se desenvuelve en el desenvolver de su vida azarosa. Choques con la realidad que en-

cadena o malogra los corporales bríos, no entumecen las energías del valeroso ánimo, supeditadas a un singular designio de moral insuperable belleza. Ideal y realidad chocan a diario y se repelen en las variadas sendas por las cuales se precipitan o se arrastran los hombres. La rectificación prudente, el retroceder o el cambiar de rumbo, señas de cordura parecerán a los equilibrados y a los pusilánimes. Don Quijote no retrocede. Don Quijote no rectifica. Para él, la senda no puede ser otra, y rectamente, como lo vé su ensueño, avanza tropezando y levantándose, guiado de su ideal, que no le abandona y a quien él no dejará tampoco. Sus enemigos encantadores truécanle en molinos o en cueros de vino los gigantes, en rebaños de ovejas los ejércitos de reyes o de emperadores, en ventas los castillos, en bacias los yelmos, y, por último, encantado le postran y le aislan en el interior de una jaula. Reemprenderá la era de sus aventuras. Sus encantadores enemigos le tornarán en labradora zafia la hermosa y pulcra Dulcinea, en el bachiller Sansón Carrasco el Caballero de los Espejos, en figuras de retablo los perseguidores de Melisendra y de Don Gaiferos, en molineros enharinados los amenazadores vestiglos, en el lacayo Tosilos el natural y burlador yerno de la dueña Rodríguez. Lo cree así la locura de Don Quijote. Cualquiera que no él renunciaría a sus porfiados empeños. A pesar de que «no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bien como el que gozaron las edades donde los andantes caballeros tomaron a su cargo y echaron sobre sus espaldas la

defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos y pupilos, el castigo de los soberbios y el premio de los humildes», ya que ahora «triunfa la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentía, y la teórica de la práctica de las armas, que sólo vivieron y resplandecieron en las edades de oro y en los andantes caballeros», no se quiebra el estímulo ni flaquea la voluntad del invencible Hidalgo. Invencible su voluntad, pues de los materiales y repetidos fracasos resurge, con enaltecimiento de sacrificio, la nunca marchitada pureza de su ideal. Invencible su lanza, que la realidad embota y aniquila, y con la que juntos arremete las depravaciones de la edad y los acechadores encantamientos. ¡Encantamientos! ¡Enemigos ocultos! Los hados adversos que nuestros planes, y nuestras ilusiones, y nuestras alegrías, desbaratan o impiden, con mayor fuerza nos arrollan y vencen cuando la debilidad del espíritu se acentúa y se agrava con la pesadumbre de estar de él ausentes los apacibles o los impetuosos ideales de que ha menester su pensadora y luchadora condición. El amor y la fe, ideales son de cualesquiera caballeros andantes deambuladores por el mundo, y estos lo son, de la fe o del amor esclavos, cualesquiera hombres en cualesquiera tiempos. El consuelo que la resignación nos trae, a la par fruto y recompensa de ideal significa: recompensa, o posible logrado; fruto, o experiencia adquirida. Resignación que no proceda de un ideal, será apocamiento cobarde, o humillación vergonzosa, o hipocresía tai-

mada, o superstición impotente, o claudicación infecunda; en cambio, si de un ideal procede, será norte del entendimiento, consejo de la razón, descanso de los impulsos, ordenación de los propósitos, y entonces, únicamente entonces, será consuelo y resignación verdadera. Amor y fe movieron siempre en servicio de un ideal de Justicia el brazo de Don Quijote. Amor y fe inspiraron las enormes locuras en que puso constantemente a prueba el ilustre manchego la pujanza de su asombrosa bizarría. Ha dicho a su sobrina y a su ama: «con saber, como sé, los innumerables trabajos que son anejos a la andante caballería, sé también los infinitos bienes que se alcanzan con ella; y sé que la senda de la virtud es muy estrecha, y el camino del vicio ancho y espacioso; y sé que sus fines y paraderos son diferentes, porque el del vicio, dilatado y espacioso, acaba en muerte, y el de la virtud, angosto y trabajoso, acaba en vida, y no en vida que se acaba, sino en la que no tendrá fin». He aquí su resignación consoladora y consolada, que en ocasión alguna ha dejado ni dejará de asistirle, por muchos que fueren los golpes y las fatigas, los tropiezos y las derrotas. Contra los ocultos encantadores invisibles yérguese retador, sobre Rocinante, en toda hora a punto de caer derribados y molidos el caballo y el caballero. Yérguese (en presente hablamos). En vano la sobrina y el cura insistieron en convencerle de que no saliera de nuevo. En vano pretendieron la eficaz cooperación amistosa del cura y del bachiller Carrasco (el «hijo de Bartolomé Carrasco, que viene de estudiar de

Salamanca, hecho Bachiller»), para que Don Quijote desistiera. En vano la egoísta condición por entero adueñada del plebeyuno corazón de Teresa, la mujer de Sancho, y notoriamente ostensible, con la suya propia, en el vulgar, prosáico, desagradecido y receloso exigir del escudero a Don Quijote, afligieron tal vez a éste con una de las decepciones amargas que sufrió y soportó durante su existir en la tierra. Nada le abatió; nada torció su entercado proyecto. Lo refiere la historia: «Don Quijote y Sancho se acomodaron de lo que les pareció convenirles, y habiendo aplacado Sancho a su mujer, y Don Quijote a su sobrina y a su ama, al anochecer, sin que nadie lo viese sino el bachiller, que quiso acompañarles media legua del lugar, se pusieron en camino del Toboso, Don Quijote sobre su buen Rocinante, y Sancho sobre su antiguo rucio, proveídas las alforjas de cosas tocantes a la bucólica, y la bolsa de dineros que le dió Don Quijote para lo que se ofreciese».

XIV

A media noche llegaron nuestros dos amigos. «No se oía en todo el lugar sino ladridos de perros.» Don Quijote, deseoso de acercarse al palacio de Dulcinea, mira entre las sombras. Vislumbra un bulto ingente: «conoció que el tal edificio no era alcázar, sino la iglesia principal del pueblo, y dijo: Con la iglesia hemos dado, Sancho». Sancho delátase a su

señor: no ha visto jamás a Dulcinea, no estuvo en el Toboso cuando Don Quijote le enviara. Responde éste a Sancho: «no porque yo diga que ni he visto ni hablado a la señora de mi alma, has tú de decir también que ni la has hablado ni visto, siendo tan al revés como sabes». Pregunta a un labrador por «los palacios de la sin par princesa Doña Dulcinea del Toboso». El labrador, nuevo en el Toboso, no sabe contestarle, «aunque para mí tengo que en todo él no vive princesa alguna; muchas señoras sí, principales, que cada una en su casa puede ser princesa». Permitidme un recuerdo. Un poeta extraordinario, Juan Maragall, dedicó uno de sus artículos periodísticos a la visita de Don Quijote al Toboso. Nunca se escribió cosa comparable entre las muchas que relativas al particular se escribieron. Elogia Maragall al labrador interrogado por Don Quijote. Comparto yo el elogio. El labrador contesta seriamente, sin burlas, sin sarcasmos. Va él a su trabajo, y se detiene apenas. «Podría ser, y adiós, que ya viene el alba», pone como remate a su breve diálogo con el caballero. Podría ser que tuviese razón Don Quijote al suponer que una de aquellas principales señoras fuese Dulcinea. Podría ser; no lo niega, no lo duda siquiera. El alba ya viene, y el labrador pronuncia un sobrio «adiós» matizado de amable sencillez castellana. Aconseja Sancho: «mejor será que nos salgamos fuera de la ciudad, y que vuesa merced se embosque en alguna floresta aquí cercana, y yo volveré de día, y no dejaré ostugo en todo este lugar donde no busque la casa, alcázar o palacio de mi señora». Se em-

bosca Don Quijote. Se aleja Sancho, y habla consigo a solas: «no será muy difícil hacerle creer que una labradora, la primera que me topare por aquí, es la señora Dulcinea»; y en el mismo nivel de sus pensamientos, distrajo y ocupó las horas que mediaron hasta la tarde. Las cuales pasadas, volvió Sancho a montar su rucio, para volver los dos hacia Don Quijote, y a tiempo que del Toboso venían «tres labradoras sobre tres pollinos o pollinas, que el autor no lo declara». Corre en pos de su amo, y suspirando y lamentándose amoroso le sorprende, y sin escrúpulo le anuncia que Doña Dulcinea está de ellos próxima, seguida de otras dos doncellas. «Vamos, Sancho hijo», impaciéntase Don Quijote. Las tres labradoras desfilan sobre sus pollinos. ¡Oh, Don Quijote infortunado, que no encuentras la ocasión venturosa, premio de tu heroísmo, holgura de tus anhelos, colmo de tus afanes! Tres labradoras contemplan desmesurados tus ojos. ¿Qué ha sido de la princesa sin par? ¿No anunciaste, Sancho, su avanzar con su séquito? ¿No la contemplaste tú con tus ojos? Sancho, tú mentiste; tú y tu señor os arrodillasteis en presencia de las tres labradoras, embaucado tu señor con tu embuste; tú le mostraste a Dulcinea, y él no vió a Dulcinea, y sí únicamente las tres labradoras, y oyó a una de las tres: «Apártense y déjennos ir». Se apartaron; y al esfumarse en la lejanía las siluetas, se esfumó en el espíritu de Don Quijote la esperanza que le había llevado al Toboso.

XV

En una carreta iban gentes disfrazadas. Eran cómicos, y el disfraz de uno era el de la Muerte. Vestían los trajes que el auto de «Las Cortes de la Muerte» exigía. Habíanlo representado en un lugar de donde venían a la sazón, y a otro se encaminaban para representarlo. Un susto de Rocinante, una burla de uno de los cómicos, unas palabras de Don Quijote en defensa de Sancho y del rucio de Sancho (los dos en uno), unos preparativos de agresiva pedrea con que los cómicos se apercibían, y al cabo un despectivo gesto de Don Quijote en atención a que «yo no puedo ni debo sacar la espada contra quien no fuere armado caballero», integran el episodio o acaecimiento de los recitantes de la compañía de Angulo el Malo con Rocinante, con el rucio, con Sancho Panza y con Don Quijote. En el campo se internan el caballero andante y el escudero malicioso, y en el horizonte se ocultan las doradas luminosidades del día. Duerme Sancho. Vela el caballero. Dos hombres, los dos a caballo, se acercan para descansar al pie de unos árboles. Se apean, se tienden en el suelo. Oye Don Quijote ruido de armas, y después una voz quejumbrosa. Algo peor escucha: la voz afirma que a Casildea de Vandalia proclamaron por la mayor hermosura del mundo los caballeros de Navarra, los leoneses, los tartesios, los castellanos, los de

la Mancha. Comprendéis la extrañeza y la alarma del eximio manchego. Háblanse él y el de la voz quejumbrosa (el de la Selva, o el del Bosque, o el de los Espejos). Abren las puertas de sus cuitas, y comunícanse las de sus respectivos amores. Caballeros ambos de las hazañosas andanzas, ciego enamorado cada cual de la señora respectiva, expansionan en su coloquio las sofocadas amarguras de su inquieto y sacrificado vivir. El del Bosque se precia de que venció en singular batalla al famoso Don Quijote de de la Mancha y le obligó a confesar «que es más hermosa mi Casildea que su Dulcinea». Niégalo nuestro glorioso Hidalgo. No hay sino él ningún Don Quijote de la Mancha. No hay sino la de ella ninguna insuperable hermosura. Acaso tomó la figura de Don Quijote alguno de sus encantadores enemigos, y por perjudicarle en su fama se dejó vencer por el Caballero del Bosque. Acaso... Pero no se persuade el del Bosque, y conciertan ambos un duelo para la siguiente mañana: «ha de ser condición de nuestra batalla que el vencido ha de quedar a la voluntad del vencedor para que haga dél todo lo que quisiere, con tal que sea decente a caballero lo que se le ordenare», propone el de la Selva, y acepta el de la Mancha en el acto. Despuntaba el día, y el adversario de Don Quijote. «calada la celada, de modo que no le pudo ver el rostro». hallábase ya ante nuestro amigo, preparado y dispuesto a comenzar el acordado lance. Suben a sus caballos, echa el de Don Quijote a correr, detiénelo mientras el temeroso Sancho a un alcornoque se encarama; tranquilo y encaramado el

escudero, Don Quijote espolea a Rocinante y se lanza contra el Caballero del Bosque, cogiéndole desprevenido y confiado. En tierra y sin sentido, destápanle el rostro, y Don Quijote y Sancho se maravillan de su semejanza con el de Carrasco el bachiller. Acude el criado del infeliz vencido, y confirma que la persona del bachiller tienen allí delante. Encantamiento, opina Don Quijote. Cobra el sentido el bachiller o Caballero de los Espejos, y se reconoce vencido, y confiesa la superior hermosura de Doña Dulcinea, y que Don Quijote es el real y único Don Quijote, y promete ir a la ciudad del Toboso... y esta aventura ha terminado, con mejor intención que victorioso acierto por parte del bachiller Sansón Carrasco.

XVI

«Yo, señor Caballero de la Triste Figura, soy un hidalgo, natural de un lugar donde iremos a comer hoy, si Dios fuese servido. Soy más que medianamente rico, y es mi nombre Don Diego de Miranda; paso la vida con mi mujer y con mis hijos y con mis amigos; mis ejercicios son el de la caza y pesca; pero no mantengo ni halcón ni galgos, sino algún perdigón manso o algún hurón atrevido. Tengo hasta seis docenas de libros, cuáles de romance, y cuáles de latín; de historia algunos, y de devoción otros: los de caballerías aún no han entrado por los umbrales de mis puertas. Hojeo más los que son profanos que los devotos, como sean de honesto entretenimiento, que

deleiten con el lenguaje y admiren y suspendan con la invención, puesto que destos hay muy pocos en España.» Así ha retratado Cervantes al conocido por el del Verde Gabán. Ninguno de los personajes del quijotesco libro, exceptuado su protagonista eminente, soporta comparación con D. Diego; ninguno irradia tan cabal simpatía. El labrador de la tobosina aldea y D. Diego de Miranda no bromearon a costa de Don Quijote. D. Diego le invitó y llevó a su casa, le obsequió complaciente, le recreó con la afabilidad discreta de su esposa y de su hijo. D. Diego y Don Quijote trabaron charla en un camino. De su profesión andantesca dió relación y detalles nuestro Héroe a D. Diego, que le observaba desorientado y confuso, y que su razonado discurso escuchábale atentamente. Creció la desorientación de punto luego de las razones que expusiera el Héroe para justificar y enaltecer las aficiones literarias y poéticas del hijo de D. Diego. Aprendió este hijo en Salamanca el latín y el griego; quiso su padre que estudiara otras ciencias: «halléle tan embebido en la de la poesía, si es que se puede llamar ciencia, que no es posible hacerle arrostrar la de las leyes que yo quisiera que estudiara, ni de la reina de todas, la teología.» Para Don Quijote, la poesía, «doncella tierna y de poca edad», a quien las otras ciencias enriquecen, pulen y adornan, no gusta de ser manoseada, o traída por las calles, o publicada por las esquinas de las plazas, ni por los rincones de los palacios: «no se ha de dejar tratar de los truhanes, ni del ignorante vulgo, incapaz de conocer ni estimar los tesoros que en ella se

encierran»; y es vulgo «todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe». Reprensión merecería el hijo de D. Diego si escribiese «sátiras que perjudiquen las honras ajenas», y alabanza si, imitando a Horacio, reprendiere o fustigare en sus versos los generales vicios. Marchaban en su conversación absortos, el del Verde Gabán y el de la Triste Figura; cortó Don Quijote la plática sabrosa y por su lado elegante y diserta, viendo venir un carro «con dos o tres banderas pequeñas», en el que «dos bravos leones enjaulados, que el general de Orán envía a la corte, presentados a Su Majestad», eran conducidos por dos hombres. Don Quijote requirió al carretero y al leonero—los dos hombres—para que desuncieran las mulas, y abriesen las jaulas, y le echasen fuera las bestias. «¿Leoncitos a mí? ¿A mí leoncitos, y a tales horas?» D. Diego, Sancho, el leonero y el carretero no bastaron a disuadirle de tamaña locura. Se ablandaron, medrosos, los conductores. Se pusieron a distancia Sancho, el carretero y D. Diego. El leonero abrió la jaula del león (en un león y una leona consistía el regalo). A pie firme, rígido, con altivez desafiante, aguardó Don Quijote. El león se levantó, bostezó, asomó la cabeza, volvióse de espalda, y se acostó de nuevo. Que lo apaleasen para que se irritase y saliese de la jaula, mandó al leonero el Invencible. El leonero le contesta y ruega que se satisfaga con lo intentado: «la grandeza del corazón de vuesa merced ya está bien declarada.» No insiste Don Quijote. Cerrada la jaula, D. Diego, el carretero y Sancho

con Don Quijote se reúnen. «Bien podrán los encantadores quitarme la ventura, exclama el último; pero el esfuerzo y el ánimo, será imposible.» La actitud silenciosa y expectante de D. Diego, que acerca de la locura y cordura de Don Quijote meditaba, fué por éste advertida; y advirtiéndola, dijo que su temeridad, obligada a los de su Orden, únicamente en la apariencia tomárase por desatino: «el andante caballero busque los rincones del mundo; éntrese en los más intrincados laberintos; acometa a cada paso lo imposible; resista en los páramos despoblados los ardientes rayos del sol en la mitad del verano, y en el invierno la dura inclemencia de los vientos y de los hielos; no le asombren leones, ni le espanten vestiglos, ni atemoricen endriagos...: el acometer los leones que ahora acometí, derechamente me tocaba, puesto que conocí ser temeridad exorbitante.» Don Diego le contesta: «entiendo que si las ordenanzas y leyes de la caballería andante se perdiesen, se hallarían en el pecho de vuesa merced como en su mismo depósito y archivo.» Le ofrece hospedaje en su casa. Don Quijote acepta el «favor y merced» del ofrecimiento. Doña Cristina y D. Lorenzo le reciben y acogen. Ella, la esposa, y él, el hijo del hidalgo Miranda. Resplandece la cordura de Don Quijote en las frases primeras de su coloquio con D. Lorenzo. Su locura resplandece a seguida en las que le responde para encomiar y resaltar la ciencia profesada por los caballeros andantes, quienes han de ser jurisperitos, teólogos, médicos, astrólogos, matemáticos, y han de estar adornados nada menos que «de todas las vir-

tudes teologales y cardinales». Se entusiasma el Héroe con los versos de D. Lorenzo, y le adjetiva el mejor poeta del orbe, digno de que le disciernan laureles «las Academias de Atenas, si hoy vivieran, y las que hoy viven de París, Bolonia y Salamanca», Cuatro días duró la estancia de Don Quijote y Sancho en la casa de D. Diego. Regaladísimo estuvo el gran manchego, y agradecidísimo se manifestó al despedirse. De buen grado se trajera consigo a don Lorenzo: «pues no lo pide su poca edad, ni lo querrán consentir sus loables ejercicios, sólo me contento con advertirle a vuesa merced, que siendo poeta podrá ser famoso si se guía más por el parecer ajeno que por el propio; porque no hay padre ni madre a quien sus hijos le parezcan feos, y en los que lo son del entendimiento corre más este engaño.» Repitámoslo, señores Académicos: el labrador de la tobosina aldea y D. Diego de Miranda, con su esposa y su hijo, no se burlaron de Don Quijote; no se aprovecharon de su locura en menosprecio de su cordura ni de su ideal; no profanaron los candores de un alma donde profundo ardiera el fuego de una sublime utopía de fraternidad y de justicia.

XVII

Uno de los episodios del libro es aquel de las fracasadas bodas de Camacho. Los padres de «Quiteria la Hermosa» concertaron el ventajoso enlace, para lo cual, en absoluto prescindieron de los amores

de su hija con el zagal Basilio, desde la niñez de ambos mutuamente correspondidos. Camacho, liberal, dadivoso, no regateó en el festejo de sus bodas, y antes derrochó cuanto pudo, el dinero que a raudales tenía. Dos «como clérigos o como estudiantes» (licenciado era el uno, y bachiller el otro) y dos labra dores, todos a caballo, dirigíanse al lugar de las bodas por igual camino que Don Quijote y Sancho llevaban. Saludáronse; hablaron de las bodas los estudiantes a nuestros amigos. Los invitaron a presenciarlas, y a los cuatro se agregan y marchan en su compañía el andante y el escudero. De la igualdad de condición tan conveniente a los que se casan, incítanlos a departir con Don Quijote las nuevas que le dan el bachiller y el licenciado para explicarle la desairada situación de Basilio por la inferioridad de sus bienes de fortuna. «Lo que yo quisiera, se expresó Sancho, es que ese buen Basilio, que ya me le voy aficionando, se casara con esa señora Quiteria; que buen siglo hayan y buen poso, iba a decir al revés, los que estorban que se casen los que bien se quieren.» Y replicó así Don Quijote: «Si todos los que bien se quieren se hubiesen de casar, quitaríase la elección y jurisdicción a los padres de casar sus hijos con quién y cuando deben; y si a la voluntad de las hijas quedase escoger los maridos, tal habría que escogiese al criado de su padre, y tal al que vió pasar por la calle, a su parecer bizarro y entonado, aunque fuese un desbaratado espadachín; que el amor y la afición con facilidad ciegan los ojos del entendimiento, tan necesarios para escoger estado,

y el del matrimonio está muy a peligro de errarse, y es menester gran tiento y particular favor del cielo para acertarle». La autoridad paterna ejercitada en amparo de los hijos, supliendo en ellos la avisada experiencia que su juventud no conoce, y adelantándose para ellos a lo porvenir que su inexperiencia no imagina, Don Quijote la defiende y proclama con el empeño que estas razones dicen, y en las cuales la ecuanimidad de su juicio lúcida prevalece sobre su caballeresca locura. Discuten el licenciado y el bachiller respecto de la utilidad o inutilidad de «la destreza de la espada», en que se distingue Basilio, y a extremo de convertir la discusión en disputa, y la disputa en desafío, y el desafío en lección para el bachiller, sin daño ninguno, y en reconciliación y abrazo de los contendientes. En el sitio o lugar de las bodas, zagales y ninfas danzan y cantan: sus «danzas de artificio», cadenciosas, bailadas y recitadas, interesaron a Don Quijote, que de la principal preguntó y le dijeron el autor que la compusiera. Preceden a los novios «grandes voces y gran ruido». Gallardos y lujosos llegan, rodeados de sus parentelas, del cura y de gentes de los circunvecinos pueblos. Basilio aparece de pronto. Acusa a Quiteria de olvidadiza ingrata... y clávase un estoque que le atraviesa el pecho y la espalda. Don Quijote, dejando a Rocinante «acudió a favorecerle, y le tomó en sus brazos, y halló que aún no había expirado». Moribundo Basilio, suplicó a Quiteria el consuelo de que le dé «la mano de ser su esposa»; no consentirá él en confesarse de sus pecados y en encomendar a Dios su

alma, si en lo que pide no consiente Quiteria. Don Quijote intercede porque a Basilio se complazca: «el señor Camacho quedaría tan honrado recibiendo a la señora Quiteria viuda del valeroso Basilio, como si la recibiera del lado de su padre»; y el «sí» que pronunciare Quiteria no surtirá mayor efecto, «pues el tálamo destas bodas ha de ser la sepultura». Cásalos el cura. Se incorpora sano y salvo Basilio, que calculadamente forjó, preparó y realizó el suicidio falso, para engañar a todos y lograr su deseo. Camacho, los invitados y el cura «se tuvieron por burlados y escarnecidos». Quiteria reconoce por válido y ratifica el casamiento. Coligen los burlados (no siendo verdad) la connivencia de los dos amantes para el engaño artificioso que empleó Basilio, y algunos desenvainan contra éste sus espadas; pónelos en paz Don Quijote: «Quiteria (les grita) era de Basilio, y Basilio de Quiteria, por justa y favorable disposición de los cielos. Camacho es rico, y podrá comprar su gusto, cuándo, dónde y como quisiere. Basilio no tiene más desta oveja, y no se la ha de quitar alguno por poderoso que sea, que a los dos que Dios junta no podrá separar el hombre; y el que lo intentare, primero ha de pasar por la punta desta lanza». Se resigna Camacho. Sa aquietan los de las espadas. Basilio, su esposa y los secuaces que vinieron con él, fuéronse entonces a la aldea del reciencasado. Don Quijote y Sancho permanecieron tres días en casa de Basilio, obsequiado el Héroe según el agradecimiento de los dos esposos demandaba. Cuerdos y muy sanos consejos escuchó de Don Quijote el feliz Ba-

silio, y con intención eran «de que se dejase el señor Basilio de ejercitar las habilidades que sabe (tirar la barra, jugar a la pelota y a los bolos, tocar la guitarra...) y atendiese a granjear hacienda por medios lícitos e industriosos». Porque: «El pobre honrado, si es que puede ser honrado el pobre, tiene prenda en tener mujer hermosa, que cuando se la quitan le quitan la honrra y se la matan. La hermosura, por sí sola atrae las voluntades de cuantos la miran y la conocen, y como a señuelo gustoso se le abaten las águilas reales y los pájaros altaneros; pero si a la tal hermosura se le junta la necesidad y estrecheza, también la embisten los cuervos, los milanos y las otras aves de rapiña»... Quizá, señores Académicos, vuestra docta penetración considere en cierto modo contradictorias la actitud del Ingenioso Hidalgo y las ideas que anteriormente expuso en su plática con el licenciado y el bachiller. Salió malparada de las bodas de Basilio y Quiteria la autoridad de los padres que acordaron y concertaron las de Quiteria con Camacho, y no lo salió menos la defensa que de la autoridad de los padres en lo atañente al casamiento de los hijos había en general razonado y patrocinado Don Quijote. No obstante, el hecho de que el cura bendijera la unión de los dos enamorados, explícita y reiterada por estos su común voluntad, borra la sospecha de que Don Quijote rectificó o no recordó sus palabras, y claramente lo testimonian las de «a los dos que Dios junta no podrá separar el hombre», con que redujo la indignación de los invitados y obtuvo la sumisa conformidad de Camacho el rico.

XVIII

Tampoco el licenciado y el bachiller divirtiéronse a expensa de la locura y extravagancias de Don Quijote. Le facilitó el licenciado la compañía de un primo suyo, humanista de profesión, para que hasta la cueva de Montesinos le guiase. Tiempo hacía que el Ingenioso Hidalgo proponíase visitarla descendiendo a las profundidades de sus abismos. Mientras marchaban, explicó el humanista a nuestro Héroe los asuntos de los libros en cuya composicion ocupaba su actividad y sus talentos. En una aldea proveyéronse de sogas para atar y descolgar al temerario Don Quijote: cien brazas adquirieron. A las dos de la tarde del siguiente día se apearon junto a la boca de la cueva. Ligado el caballero, se arrodilló, rezó en voz baja, se encomendó a la ausente Dulcinea. Limpió de malezas con la espada, en lo posible, la entrada por donde iba a deslizarse, y cuervos, grajos y murciélagos salieron en gran número de la oscuridad misteriosa. Comenzóse el descenso. Daban soga y más soga el primo del licenciado y Sancho Panza. Poco a poco las voces que profería el andante fuéronse atenuando, y el silencio reinó a la postre. Transcurrió media hora; no quedaba ya soga que soltar; tiraron lentamente hacia arriba, sin que en el curso de unas ochenta brazas notasen el peso del descendido. Notáronlo al recoger las otras, y se tran-

quilizaron, y no mucho después distinguieron la figura de Don Quijote: «sacándole del todo, vieron que traía cerrados los ojos». Desliado, despierto y desperezado, pidió de comer. Merendaron y cenaron los tres en un solo yantar. Don Quijote describió su viaje por el interior de la sima. Sinteticemos la narración nosotros. En la cueva, sintió que le invadía y rendía el sueño. Despertó pronto. Un palacio se ofreció a sus miradas. De él se adelantó a Don Quijote un «venerable anciano», que el propio Montesinos era. Entran los dos en el palacio. Hay en una sala un sepulcro, y sobre el sepulcro un caballero tendido: es Durandarte, a quien, por su encargo, y luego de su muerte, le arrancó el corazón su amigo y primo Montesinos, para llevarlo «adonde Belerma estaba». Víctimas de encantamiento los tiene Merlín el sabio en aquellos lugares, y a Belerma con ellos, y con Guadiana el escudero de Durandarte, y con la dueña Ruidera y sus siete hijas y dos sobrinas («las cuales llorando, por compasión que debió tener Merlín dellas, las convirtió en otras tantas lagunas, que ahora en el mundo de los vivos y en la provincia de la Mancha las llaman las lagunas de Ruidera»...) Durandarte, muerto, sin corazón y encantado, que peor cosa no habrá quien conciba, responde a Montesinos, cuando le dice que por medio y favor del valeroso Don Quijote «podría ser que nosotros fuésemos desencantados», estas palabras discretísimas: «cuando así no sea, paciencia y barajar», y se vuelve de lado. Oyense llantos y alaridos. Pasa una doble procesión de hermosas doncellas «vestidas de luto, con tocas

blancas». Van con su señora Belerma, que trae en las manos un lienzo, y en el lienzo el corazón de Durandarte. Para llorar endechas sobre el cuerpo del descorazonado yacente, repetían la procesión cuatro días en la semana. Una referencia de Montesinos a la hermosura de la señora Belerma, obligó a Don Quijote a exigir explicación caballerosa que dejara a salvo la belleza sin par de Doña Dulcinea. Montesinos satisface y aplaca a Don Quijote. Tres labradoras muéstrale también Montesinos que por «aquellos amenísimos campos» saltaban y brincaban. Las conoció al punto Don Quijote: la una, Dulcinea; las dos, sus compañeras en el Toboso. Siguió el Hidalgo a Dulcinea, que le huyó presurosa. Le avisa Montesinos el momento en que haya de ausentarse de la cueva, y le anuncia que sabrá oportunamente el modo de ser desencantados los que en la misma se hallan. Se acercó a nuestro Héroe una de las labradoras, y en nombre y por mandato de Dulcinea rogó le prestase «media docena de reales» para atendimiento de una necesidad, y cuatro le entregó Don Quijote, único caudal de que en la ocasión disponía. Tres días estuvo Don Quijote en el fondo, según su cálculo. Sancho Panza se ríe y mofa de lo descrito por su señor: los encantadores y los encantamientos han trocado su juicio «en una tan disparatada locura». Don Quijote: «Como me quieres bien, Sancho, hablas desa manera», contéstale bondadoso y agradecido.

XIX

Recogiéronse en una venta. Maese Pedro les exhibió su retablo de maravilla y su mono adivino. Contestaba el mono al oído de su amo las preguntas que se le formulasen, relativas a lo pasado, nunca a lo venidero, y su amo escuchaba y publicaba la respuesta. A las de Sancho y Don Quijote contestó certero, y asombró a preguntadores y oyentes. El maese les representó en su retablo la historia de «la libertad que dió el señor Don Gaiferos a su esposa Melisendra». Relataba un criadito los pasajes o escenas, al par que el ingenioso maese movía con habilidad las figuras. El del retablo y Don Quijote corregían frecuentemente las exageraciones afectadas del chico: «Llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectación es mala», amonestábale maese Pedro. Don Quijote, apreciando en veras la farsa que ante sí veía, se juzgó en el caso de proteger a los dos héroes del romance, y con su espada derribó y destrozó furioso las jarcias, los muñecos, y el retablo en suma. Lloraba maese Pedro. Consolábale Sancho. Don Quijote, calmado y reflexivo, exclamaba: «Ahora acabo de creer lo que otras muchas veces he creído: que estos encantadores que me persiguen, no hacen sino ponerme las figuras como ellas son delante de los ojos, y luego me las mudan y truecan en las que ellos quieren». Se condenó él al

pago de las costas, e indemnizó como debía, o más acaso, las pérdidas que su acometividad produjo. Cenaron y durmieron en la venta Don Quijote, el primo del licenciado y Sancho, y a las ocho de la mañana prosiguieron su ruta, despidiéndose para su tierra el primo, y encaminándose hacia Zaragoza, por las riberas del Ebro, el Hidalgo y Panza (sin que hubiese reparado ninguno en que la persona de maese Pedro ocultaba la de Ginés de Pasamonte, y que la suya era). Les acaeció un inesperado suceso. Fué que los hijos y los vecinos de un lugar, apellidados «los del rebuzno» por las gentes—las malintencionadas gentes—a pretexto del artificio que dos de sus regidores emplearan un día para atraer y encontrar el asno perteneciente a uno de los dos, internado y extraviado en el bosque, acababan de organizar y armar una fuerza de doscientos hombres para que en el campo reprimieran y castigaran las burlas atrevidas que los vecinos de otra aldea, entre otras aldeas, les infligían y prodigaban. Pues los regidores no consiguieron, rebuznando en el bosque, sino mutuamente engañarse, y el rucio que buscaran no cayó en el engaño, porque antes lo mataron los lobos (y los muertos, por rucios que fueren, no están para rebuznos), ¿qué motivo justificaba la impertinencia de quienes a los del lugar venían ofendiendo con calificativos denigrantes? Los doscientos hombres avanzaban ordenados y formados; y por el letrero del estandarte que a su frente llevaban averiguó y comprendió Don Quijote, sabedor del propósito por noticias de maese Pedro en la venta, la

finalidad del escuadrón pueblerino. Don Quijote se les encara, y manifiesta: «que uno solo no puede afrentar a reino, provincia, ciudad, república ni pueblo entero», y que: «los varones prudentes, las repúblicas bien concertadas, por cuatro cosas han de tomar las armas, y desenvainar las espadas, y poner a riesgo sus personas, vidas y hacienda. La primera, por defender la fe católica; la segunda, por defender su vida, que es de ley natural y divina; la tercera, en defensa de su honra, de su familia y hacienda; la cuarta, en servicio de su rey en la guerra justa; y si quisiéremos añadir la quinta, que se puede contar por segunda, es en defensa de su patria. A estas cinco causas como capitales, se pueden agregar algunas otras que sean justas y razonables, y que obliguen a tomar las armas; pero... el tomar venganza injusta, que justa no puede haber alguna que lo sea, va derechamente contra la santa ley que profesamos, en la cual se nos manda que hagamos bien a nuestros enemigos y que amemos a los que nos aborrecen; mandamiento que, aunque parece algo dificultoso de cumplir, no lo es sino para aquellos que tienen menos de Dios que del mundo, y más de carne que de espíritu; porque Jesucristo, Dios y hombre verdadero, que nunca mintió, ni pudo ni puede mentir, siendo legislador nuestro, dijo que su yugo era suave y su carga liviana; y así, no nos había de mandar cosa que fuese imposible el cumplirla». Y acabó exhortando: «vuesas mercedes están obligados por leyes divinas y humanas a sosegarse». Profanó Sancho el efecto de las palabras de

su señor, con las suyas impertinentes, que empeoró y agravó lanzando a los aires recio y sonoro rebuzno. Lo estimó burla uno de los armados, y apaleó merecidamente al escudero, y lo tumbó en tierra; y Don Quijote se precipitó en socorro de Sancho, y volaron las piedras, y las ballestas y los arcabuces se alinearon amenazadores, y el Invencible padeció de miedo segunda vez (fué la primera en la noche de los batanes) y se alejó de allí fugitivo, cuanto lo permitía la debilidad y flaqueza de Rocinante. Tornáronse a su pueblo los coterráneos de los regidores famosos, y Sancho afeó a Don Quijote su huída y el abandono en que le dejara. «No huye el que se retira, respondió Don Quijote; porque has de saber, Sancho, que la valentía que no se funda sobre la base de la prudencia, se llama temeridad, y las hazañas del temerario más se atribuyen a la buena fortuna que a su ánimo. Y así, yo confieso que me he retirado, pero no huído; y en esto he imitado a muchos valientes que se han guardado para tiempos mejores».

XX

Contemplaban y admiraban el de la Triste Figura y su escudero la belleza del río: «la amenidad de sus riberas, la claridad de sus aguas, el sosiego de su curso, y la abundancia de sus líquidos cristales.» En la orilla, y atado a un tronco de árbol, vieron «un pequeño barco», sin remos, sin jarcias y sin guardián ningu-

no. La fantasía de Don Quijote súbitamente se excitó y exaltó en presencia del barco, el cual «me está llamando y convidando a que entre en él, y vaya en él a dar socorro a algún caballero, o a otra necesitada o principal persona, que debe de estar puesta en alguna grande cuita.» Se embarcan; cortan las amarras; aléjanse de la ribera, donde Rocinante y el rucio, atados, quedan «a la protección y amparo de los encantadores». Nuestro Héroe imagina «ciudad, castillo o fortaleza unas grandes aceñas que en la mitad del río estaban». Los molineros, temerosos de que, impelido por la acentuada corriente, se estrellase el barco, aprestáronse con unas varas a detenerlo. Como en sus rostros y en sus vestidos no escasea lo blanco de la harina, notoria demostración de su industria, el perturbado caballero los supone vestiglos, esgrime retador la espada, y los conmina diciendo: «Canalla malvada y peor aconsejada, dejad en su libertad y libre albedrío a la persona que en esa vuestra fortaleza o prisión tenéis oprimida, alta o baja, de cualquiera suerte o calidad que sea.» Se arrodilla Sancho e implora la protección del cielo. Con las varas los injuriados molineros detienen la navecilla en peligro, aunque no de modo que atajen y eviten el zambullón de Don Quijote y Sancho en el agua, de cuyo seno los sacan y salvan, con riesgo de las propias vidas. Destrozan la nave las ruedas de las aceñas, y sus dueños, que de pronto aparecen, piden a Don Quijote el pago de lo que costaba. Exije él por condición la libertad de los que gemían en el castillo. ¿De qué castillo ni de qué oprimidos habla?

«Hombre sin juicio», le denomina uno de los molineros. «Basta, considera para sí Don Quijote; aquí será predicar en desierto querer reducir a esta canalla a que por ruegos haga virtud alguna, y en esta aventura se deben de haber encontrado dos valientes encantadores, y el uno estorba lo que el otro intenta.» Indemniza a los dueños, convencido de que «para otro caballero debe de estar guardada y reservada esta aventura». El Héroe y su criado «volvieron a sus bestias, y a ser bestias», consigna despiadada la historia. Indiqué en las primeras páginas de mi Discurso que es un libro triste el inmortal libro de Cervantes. A medida que hemos avanzado, yo en mi Discurso, vosotros en la molestia de escucharme, la comprobación ha resultado positiva, reiterada, evidente. El autor de la obra lánzales al Hidalgo y a Sancho el nombre poco honroso de bestias, no distinguiendo la justicia, separada por la equidad, que corresponde a cada uno. La locura de Don Quijote no le rebajó en ningún caso a condición tan ínfima; porque las bestias no persiguen ideales, ni pierden tras ellos la razón, que de ideales y de razón carecen. Don Quijote sacrificó a un ideal su reposo y su vida. Ejemplarmente se produjo en la privada y en la pública, en la de hombre y en la de andante caballero, las dos en una indivisible, por igual guiadas, encauzadas y dirigidas. Si *Juris præcepta sunt hæc: honeste vivere, alterum no ledere, suum cuique tribuere*, ¿habrá ni hubo nadie que en su pensar, en sus móviles y en sus empeños procurara con el ahinco y perseverancia que él ajustarse y condicionarse

según normas jurídicas? Si *Justitia est constans et perpetua voluntas jus suum cuique tribuens*, ¿quién a él comparable en la intensidad de sentirla y en la voluntad de imponerla? Si *Jusrispudentia est divinarum atque humanarum rerum notitia, justi atque injusti scientia*, ¿quién desdeñará o desconocerá en Don Quijote las aptitudes de su cultivado entendimiento, que de lo humano, de lo justo y de lo divino discurre y trata con imponderable cordura? Verdad que su locura le conduce impulsiva al empleo de la fuerza, a las arremetidas de su lanza o de su espada. Verdad también que él a veces se vale de la persuasión o de la advertencia, y que los hombres acordaron de muchos días estimar y proclamar la fuerza por atributo del Derecho... o de las leyes. Examinad las hazañas de nuestro Hidalgo, aquellas en que con su espada o con su lanza arremete, y no divorciaréis de la impulsividad el sentido jurídico o de justicia que siempre en su sinrazón le acompaña. La del «barco encantado» sírvanos de modelo. Un castillo; en el castillo, una o varias personas recluídas por las artes de perveros encantadores, y Don Quijote, por su profesión consagrado en provecho de los afligidos y de los humildes, dispuesto a ejercitar sus armas para que recobren y gocen la libertad de que se les ha privado. Que el castillo eran aceñas, y los encantadores eran molineros, y todo locura irremediable: ¡qué risa!, ¡cuánto disparate!, ¡cuánta mentecatez! Fuesen molineros los molineros, y aceñas las aceñas, y Don Quijote el cuerdo Quijano de sus épocas de cordura; y el ideal que

Don Quijote simboliza redujérase a la mesurada, equilibrada y prudente bondad que en la quietud y tranquilidad de su aldea practicó el bueno de Quijano. El ideal consiste... en lo otro, en vencer el obstáculo, en destruir el poder de encantamiento, en que sucumba el enemigo, en que la Justicia impere. Don Quijote representa y resume la locura de los locos no comprendidos que lucharon o pugnaron, luchan o pugnan, y lucharán o pugnarán, por el triunfo de grandes ideales en el mundo de los hombres: los locos que creen castillos las aceñas, y vestiglos los molineros, mientras los cuerdos rien de sus locuras, y celebran sus tonterías, y los señalan al común ludibrio de los sensatos. Los sensatos no cesan de reir de los locos incomprendidos; y a lo mejor, a lo mejor, uno de los locos descubre un mundo, y los sensatos se apresuran a explotar sus riquezas, y el loco muere cuerdo y pobre y en una cárcel; y los cuerdos no cesan de reir como locos. Radica en los contrastes el vigor y relieve de la quijotil figura: en lo interno, el contraste de la sinrazón y de la ecuanimidad; en lo externo, el contraste de un ambiente social adverso o refractorio y de un hombre solo que aisladamente se desvela por modificarlo, depurarlo y perfeccionarlo. Se realza y magnifica así el ideal de Don Quijote, y con el ideal la locura que lo alienta y sostiene. La locura y el ideal ofrécennos un nuevo contraste, el mayor del libro, pues siendo cordura la Justicia, y cuerdo el amarla y desearla, es locura el anhelar y pretender que su ideal presida e inspire la normal cordura de los hombres. Con burlas, con molimien-

tos, con insultos, acogen los cuerdos al Hidalgo, y éste les contesta con el insistir en sus aventuras, alucinado y cegado por la luz mágica de su ideal. Ni el autor del libro regatéale tampoco el insulto. Confunde a Don Quijote con Sancho en el mismo nombre de bestias. ¡Confundir a Don Quijote con Sancho! ¡Nivelar el quijotismo y el sanchopancismo! Señores Académicos: después de las síntesis y de las observaciones o anotaciones que hasta aquí expuse, no dudaréis de que el libro inmortal es un libro triste...

XXI

La Madre Casualidad, en cuyos dominios reside aprisionada la Filosofía de la Historia, descubrió a Don Quijote y Sancho el paradero, palacio o casa de placer de los Duques. Habían éstos leído la primera parte de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, e interesádose por las dos figuras del andante y del escudero, lo cual acrecentó, viéndolos, la curiosidad por sus estrafalarias personas. A su casa o castillo los invitaron y llevaron. Dueñas y doncellas los reciben con solemnidad preparada. Sobre Don Quijote y los Duques derraman criados y criadas pomos de aguas olorosas. Doce pajes rodean y acompañan a Don Quijote. Siéntanlo a su mesa y en lugar preferente los Duques (Sancho refiere un cuento, por demás oportuno, con ocasión de esta preferencia). Luego de la comida, doncellas lávanle a Don

Quijote el rostro. De Dulcinea y de su encantamiento, y de Sancho aspirante a gobernador, platican la Duquesa y el Héroe, y aparte la Duquesa y Sancho. Organizó el Duque en obsequio de Don Quijote una «caza de montería». Pasaron el día en el bosque. Ya en la noche, lelilíes, trompetas, clarines y pífaros resuenan a lo lejos. Un postillón anuncia: «soy el diablo; voy a buscar a Don Qnijote.» Montesinos le envía: «A tí, el Caballero de los Leones, me envía el desgraciado, pero valiente caballero Montesinos, que trae a la que llaman Dulcinea, con orden de darte la que es menester para desencantarla.» Ruido de cornetas, de cuernos, de bocinas, de clarines, óyese más cercano. Carros de rechinantes ruedas desfilan ante los cazadores. El sabio Lirgandeo, el sabio Alquife, Arcalaus el encantador, van en ellos. Otro carro los sigue, y en él vienen juntos Dulcinea (un paje disfrazado) y la Muerte. La Muerte es Merlín, y Merlin es el mayordomo de los Duques disfrazado, que, puesto en pie y trabajosamente, expresa: «Yo soy Merlín, aquel que las historias dicen que tuve por mi padre al diablo»; y a Don Quijote: «que para recobrar su estado primo la sin par Dulcinea del Toboso, es menester que Sancho tu escudero se dé tres mil azotes y trescientos en ambas sus valientes posaderas, al aire descubiertas, y de modo que le escuezan, le amarguen y le enfaden.» Rotundo, niégase Sancho Panza a darse los azotes. Dulcinea, desde su altura, le recrimina su proceder indelicado. El Duque le amenaza con no hacerle gobernador (según le tenía prometido). Condiciones, un

plazo para decidirse, nada de lo que alega y propone Sancho, lo admite ni concede la inflexibilidad de Merlín. Por fin, Sancho acepta la enojosa y dolorosa carga; tanto ha podido en él la ambición de gobernar una ínsula.

XXII

Había facilitado y secundado la dueña Trifaldi, o condesa Trifaldi, o Dueña Dolorida, los secretos amores de Antonomasia, hija de la reina Maguncia, y del difunto rey Archipiela (reino de Candaya). Produjeron los amores su fruto, a juzgar por el descarado abultamiento que la infanta experimentó imprevisora. El amante—Clavijo era su nombre—la pidió por esposa, y los casó el vicario, y de pesar murió a los pocos días la reina. Sobre la sepultura, y enseguida del entierro, y él sobre un caballo de madera, se apareció el gigante Malambruno, primo cormano de Maguncia, y encantador y cruel; y allí mismo, para vengarla, dejó encantados a Clavijo y a su esposa: «a ella convertida en una jimía de bronce, y a él en un espantoso cocodrilo de un metal no conocido»; y puso entre los dos un letrero «en lengua siriaca», que traducido al castellano decía: «No cobrarán su primera forma estos dos atrevidos amantes, hasta que el valeroso Manchego venga conmigo a las manos en singular batalla.» Todavía no satisfecho el gigante y primo, castigó a la Trifaldi y a las otras dueñas de palacio a que cerdosas

barbas les poblasen y afeasen los rostros. De sobremesa y conversación estaban Don Quijote y los Duques, cuando un pífaro y un tambor oyeron, y por el jardín dos hombres entraron, que precedían a Trifaldín el de la barba blanca, escudero de la Trifaldi, el cual solicitó la licencia del Duque para que la condesa relatase a Don Quijote sus cuitas. «El remedio de las cuitas, el socorro de las necesidades, el amparo de las doncellas, el consuelo de las viudas, en ninguna suerte de personas se halla mejor que en los caballeros andantes; y de serlo yo, doy infinitas gracias al cielo, y doy por muy bien empleado cualquier desmán y trabajo que en este honroso ejercicio pueda sucederme. Venga esta dueña, y pida lo que quisiere, que yo le libraré su remedio.» Se ofreció así el Hidalgo. Doce dueñas con la Dolorida llegaron, y tres pajes que le sostenían las tres puntas o colas de su negro vestido. Arrodíllase la Trifaldi; la levanta el Duque. Pregunta por el manchego insigne: «el acendradísimo caballero Don Quijote de la Manchísima.» Se arroja a los pies del Héroe, y el Héroe sus ofrecimientos reitera. Explica la Trifaldi lo que ya sabemos, y se desmaya, y torna en sí, y torna Don Quijote a ofrecerse. Malambruno (lo prometió en el momento trágico) enviará el caballo de madera para que monte en él Don Quijote y él le conduzca al sitio de la singular batalla. Llámase (o le llaman) Clavileño el Alijero el tal caballo, y «se rige por una clavija que tiene en la frente, que le sirve de freno, y vuela por el aire». Cumple el gigante su promesa. En su punto la noche, «cuatro

salvajes» dejan en el jardín «un gran caballo de madera». La Dolorida ruégale a Don Quijote, llorando: «nuestras barbas crecen, y cada una de nosotras, y con cada pelo dellas, te suplicamos nos rapes y tundas.» Lo alcanzaran si el caballero subiese en el caballo y se aventurase en la rarísima aventura. Suben Don Quijote y Sancho, en las ancas el último, y resignados y cohibidos sus temores con el recuerdo de la esperada ínsula. Les vendaron los ojos. «Dios te guíe, valeroso caballero. Dios sea contigo, escudero intrépido. Ya, ya vais por esos aires, rompiéndolos con más velocidad que una saeta.» Sopla con fuerza el viento (unos fuelles soplaban), y Don Quijote se cree en la «segunda región del aire». Estopas encendidas les caldean las caras, y Sancho se cree en la región del fuego. Escuchaban el diálogo de los viajeros «el Duque, la Duquesa y los del jardín». Para concluir la burla, prendieron fuego a la cola del caballo, y voló éste de veras, al volar encendidos los cohetes que dentro de sí llevaba, y en el suelo quedaron Don Quijote, Sancho y Clavileño. Desmayados y caídos en tierra, también los del jardín se hallaban (no la Trifaldi y las dueñas, que oportunamente se ausentaron). Hay en el jardín, colgado de una lanza, un pergamino, y en el pergamino un letrero, donde se lee que Don Quijote acabó, con sólo intentarla, la aventura de la condesa Trifaldi, y que Malambruno se satisface, y quedan lisas y mondas las barbas de las dueñas, y en su pristino estado los reyes Antonomasia y Clavijo. Los Duques y los otros vuelven de su desmayo. Entérase del le-

trero el Duque, y abraza a Don Quijote. Sancho explica a la Duquesa el viaje. Escucha admirado Don Quijote los dislates y las mentiras que ensarta su escudero; y acercándose al escudero el Hidalgo, le pronuncia al oido muy discretas y merecidas palabras.

XXIII

Sancho, hombre feliz, va a gobernar la ínsula Barataria: «un lugar de hasta mil vecinos, que era de los mejores que el Duque tenía.» Colmará pronto «el deseo de probar a qué sabe el ser gobernador». Don Quijote se encierra con el escudero en su estancia, y le aconseja sabiamente. Temor a Dios; conocerse a sí mismo; hacer gala de la humildad del linaje; tomar a la virtud por medio; no desechar ni afrentar a los parientes; enseñar, adoctrinar y desbastar a Teresa Panza, si la trae consigo a la ínsula; casar, si enviuda, con mujer que no sirva «de anzuelo y de caña de pescar y del no quiero de tu capilla»; no guiarse por la ley del encaje; compadecerse de las lágrimas del pobre, sin torcer la justicia niveladora de pobres y de ricos; descubrir la verdad en las dádivas y promesas del rico, y en los sollozos e importunidades del pobre; emplear la equidad y atenuar el rigor de las penas o castigos en lo posible; inclinarse a la misericordia antes que a la dádiva; ponerse en la verdad del caso, y no en la memoria de la ofensa, al fallar pleito de enemigo; no cegarse por la pasión propia

en la causa ajena; prescindir de los gemidos de mujer hermosa, y atender a la sustancia de la justicia que pide; no maltratar con palabras a quien ha de castigarse con obras; ser piadoso y clemente con los culpados. Ser limpio; cortarse las uñas; no andar desceñido y flojo; repartir entre los criados y los pobres la librea «honesta y provechosa» que hayan de usar aquéllos («si has de vestir seis pajes, viste tres, y otros tres pobres, y así tendrás pajes para el cielo y para el suelo»); no comer ajos ni cebollas; comer y cenar poco; beber con templanza; no mascar a dos carrillos ni eructar delante de nadie; no mezclar en la conversación refranes excesivos ni descabellados; montar a caballo sin tiesura ni flojedad; dormir moderadamente; no disputar de linajes ni comparar unos con otros; vestir «calza entera, ropilla larga, herreruelo un poco más largo», y «gregüescos, ni por pienso». Partió Sancho, y quedó triste Don Quijote. Se las arreglará él solo en su aposento, insustituíble su buen Sancho, gobernador ahora, y no consentirá que doncella ni persona alguna le desnude ni vista. Después de cenar, retírase a su habitación, cierra la puerta, se desnuda; y al descalzarse, se le soltaron los puntos de una media, desgracia irreparable, porque no había allí seda con que tomarlos, aunque fuese de color distinto («una de las mayores señales de miseria» de un hidalgo «en el discurso de su prolija estrecheza») Acostado, no descansa, no duerme: «levantóse del lecho, y abrió un poco la ventana de una reja que daba sobre un hermoso jardín». Altisidora, doncella de entre las varias del castillo,

fingióse enamorada del Héroe, y desde el jardín le dedicó y cantó, a los sones de un arpa, vehemente y apasionado romance. Suspira Don Quijote y se lamenta de su infortunio: «no ha de haber doncella que me mire, que de mí no se enamore», y pensando en su Dulcinea exclama»: ¿Qué la queréis, reinas? ¿A qué la perseguís, emperatrices? ¿Para qué la acosáis, doncellas de a catorce a quince años? Dejad, dejad a la miserable que triunfe, se goce y ufane con la suerte que amor quiso darle en rendirle mi corazón y entregarle mi alma». Pasó la noche, y vino la mañana, obedientes a su inexorable destino, y Don Quijote se vistió, y cruzó por una galería para ir a saludar a los Duques. En la galería, aposta le aguardaban Altisidora y una su compañera. Vióle Altisidora, y se desmayó en brazos de su amiga. «Ya se yo de qué proceden estos accidentes», dice a la última Don Quijote, y: «Haga vuestra merced, señora, que se me ponga un laúd esta noche en mi aposento; que yo consolaré lo mejor que pudiere a esta lastimada doncella; que en los principios amorosos, los desengaños prestos suelen ser remedios calificados». Contáronle ellas a la Duquesa lo ocurrido, y con el Duque otra burla acordaron, que habían de realizar, para su común regocijo, en la noche cercana. Sumisos a su ley, pasó el día y vino la noche, y en su aposento halló el Hidalgo una vihuela: «templóla, abrió la reja, y sintió que andaba gente en el jardín», y «con una voz ronquilla» púsose a cantar un romance. De un corredor que sobre la reja caía «descolgaron un cordel, donde venían más de cien cen-

cerros asidos, y luego, tras ellos, derramaron un gran saco de gatos, que asimismo traían cencerros menores atados a las colas». Dos o tres gatos se entraron por la reja, y en su tropezar «apagaron las velas que en el aposento ardían». Por «malignos encantadores» y por «canalla hechiceresca» los reputó el manchego, y «comenzó a tirar estocadas por la reja». Sáltale uno de los gatos al rostro, y le muerde y araña. Grita el herido. Acuden los Duques y Altisodora. Altisidora le cura y le venda, y bajando la voz le habla: «Todas estas malandanzas te suceden, empedernido caballero, por el pecado de tu dureza y pertinacia; y plega a Dios que se le olvide a Sancho tu escudero el azotarse, por que nunca salga de su encanto esta tan amada tuya Dulcinea, ni tú la goces ni llegues a tálamo con ella, a lo menos viviendo yo, que te adoro».

XXIV

Guardó cama el Ingenioso Hidalgo, y en seis días «mohino y melancólico, y vendado el rostro», no salió fuera de su aposento. Cierta noche, mientras reposaba y meditaba, le sorprendió con su visita Doña Rodríguez, dama de honor de la señora Duquesa. Al ruido de la puerta, se incorporó Don Quijote en su lecho, envolviéndose «de arriba abajo» en una colcha. Penetró Doña Rodríguez en la estancia. Sostenía en la mano izquierda una vela, y con la derecha «se hacía sombra porque no le diese la luz en los

ojos». Mira hacia Don Quijote, se espanta, se la cae de las manos la vela, quiere huir, tropieza en sus faldas, y en el suelo cae ella a su vez. «Conjúrote, fantasma, o lo que eres, que me digas quién eres, y que me digas qué es lo que de mí quieres», Don Quijote, con energía atenuada por el temor, pídele a la dueña. No es fantasma, ni visión, ni alma del purgatorio, ella le responde; no viene para cometido de tercería, sino por causa de «una necesidad de aquellas que vuesa merced suele remediar». Se tranquiliza el caballero: nada hay que temer de una dueña, que ninguna poseyó buenas carnes, ni pudo despertar lascivias. Los dos en calma, acostado él y cubierto hasta el rostro, explica Doña Rodríguez su historia, con el episodio de su viudez y el de los amores de su hija con el hijo de un riquísimo labrador que bajo promesa de matrimonio la sedujo, y se negó a cumplir su palabra. Como el padre del seductor presta de sus dineros al Duque y le sale por fiador de sus trampas, el Duque se desentiende del agravio, y Doña Rodríguez implora de Don Quijote que lo remedie, «ya por ruegos, o ya por armas». Pondera la Rodríguez las calidades de su hija, y menoscaba, en la comparación, las de Altisidora, por descocada o desenvuelta, y las de la Duquesa, cuya hermosura y gallardía debe, primero a Dios, y luego «a dos fuentes que tiene en las dos piernas, por donde desagua el mal humor de quien dicen los médicos que está llena». La Duquesa y Altisidora, en tanto, escuchaban atentamente, detrás de la puerta, la murmuración de la Rodríguez (delatada la dueña por otra de las su-

yas); y apenas oyeron lo de la desenvoltura y lo de las fuentes, se precipitaron en la habitación, y acribillaron a Don Quijote a pellizcos, y levantaron las faldas y vapulearon a la chismosa. La oscuridad del aposento, pues a Doña Rodríguez, con el susto, volvió a caérsele y a apagarse la vela que tenuamente lo alumbraba, no permitió a los agredidos conocer a las agresoras. Nuestro Hidalgo imaginó y supuso que algún «perverso encantador» le pellizcó y le inutilizó para defenderse. Sanó él de las heridas y de los pellizcos, y preparóse a despedirse de los Duques y continuar el camino de Zaragoza, y allí, en las justas que iban a celebrarse por la festividad de San Jorge, ganar fama «sobre todos los caballeros aragoneses, que sería ganarla sobre todos los del mundo». Turbó y demoró sus planes el compromiso de desafiar al joven labrador que Doña Rodríguez pretendía por yerno. Aceptó el Duque, en ausencia y representación del joven su vasallo, el reto que lanzó Don Quijote, e indicó éste que renunciaba a su hidalguía a fin de contender con el que no era caballero. El Duque se encargó de comunicar al desafiado la orden de que compareciese, y señaló el plazo de seis días y designó la plaza del castillo para la ocasión y el lugar del duelo. Se hallaba en Flandes el labrador; lo sustituyó el Duque con uno de sus lacayos, gascón de origen y Tosilos de nombre, instruyéndole convenientemente para que venciera sin matar ni herir a su adversario. Sin hierros las lanzas, por expresa disposición del Duque, y con la condición de que, si Don Quijote venciese, casara el derrotado con

la hija de la Rodríguez, se concertó y convino que había de ser el reparador y justiciero lance. Corrieron los días, y corrió el último del plazo, y la plaza del castillo se pobló de curiosos que llegaban de las vecinas aldeas. Los Duques, la madre y la hija reclamantes, las demás dueñas, el maestro de ceremonias, ocuparon los respectivos sitios. El lacayo Tosilos, «acompañado de muchas trompetas, asomó por una parte de la plaza, sobre un poderoso caballo», y «calada la visera y encambronado con unas fuertes y lucientes armas». Asomó por la ¦opuesta Don Quijote, y ratificaron las demandantes su voluntad de que él «volviese por su derecho». Solos enmedio de la plaza los dos combatientes, trompetas y atambores sonaron, y encomendábase Don Quijote a Dios y a Dulcinea. El manchego arremete... Su enemigo «no se movió un paso», y se dió por vencido, y declaró que deseaba casarse con la hija de la Rodríguez. Fué ello, porque desde antes de comenzada la liza, no acertó el lacayo sino a contemplar su hermosura, y se prendó y enamoró de manera que fué la hermosa la que desde entonces triunfó definitivamente en su ánimo. Detúvose Don Quijote, libre de su obligación caballeresca. Reiteró Tosilos a Doña Rodríguez y al Duque su intención anhelosa. Al desenlazarse la celada, llevado del doble calor que sentía, las demandantes gritaron que Tosilos no era la persona que reclamaban, por esposo la hija, y por yerno la madre. Don Quijote atribuyó a encantamiento la mudanza. Y a la postre, se resignó la hija y aceptó por su marido al lacayo; y aclamó el público a Don Quijote,

victorioso en un duelo que sin duelo y gloriosamente quedaba consumado y terminado. (Más tarde supo Don Quijote que el Duque castigó con un centenar de palos a Tosilos, por inobediencia de sus instrucciones, y que «la muchacha es ya monja, y Doña Rodríguez se ha vuelto a Castilla», dejando el castillo de los Duques.)

XXV

Sancho gobernaba la ínsula. Recibiéronle en ella con tañidos de campanas, con demostraciones de alegría. Contestó acertado a preguntas de no fácil respuesta; se opuso a que en la lápida conmemorativa de su toma de posesión se le denominase Don Sancho Panza, que él no tenía don ni lo hubo en todo su linaje; resolvió hábilmente dudosos casos de justicia. El doctor Pedro Recio de Agüero, natural de Tirteafuera, le prescribió un régimen alimenticio que rechazó indignado el gobernador-escudero. Consistía el régimen en la prohibición y abstención de gustar los ricos y variados manjares que en la mesa se brindaban apetitosos. Ponía el doctor un reparo a cada plato, y Sancho no comía. Nuevos sinsabores afligieron al gobernador muy pronto; ellos abundan en el quehacer de los gobernantes. Le escribió el Duque avisándole de amenazadores peligros. Pidióle recomendación un labrador para que el padre de una muchacha con quien él pretendía el casamiento de su hijo desistiese de su empeño en contrario, y también

un donativo de «trescientos o seiscientos ducados» para ayuda de la dote y casa del hijo. Sancho arroja de su presencia al pedigüeño: «aun no ha día y medio que tengo el gobierno, ¿y ya quieres que tenga seiscientos ducados?», exclama. De noche, ronda y vigila por las calles, para limpiar la ínsula de vagamundos, holgazanes y malentretenidos, los cuales ofician en las repúblicas «lo mesmo que los zánganos en las colmenas». Dos hombres riñen por cuestiones del juego, el uno exigiendo, y negando el otro, parte de la ganancia. Sancho decide que el ganancioso entregue al exigente cien reales (por ocho era la disputa) y desembolse treinta para los pobres de la cárcel, y destierra al segundo, que carece de profesión u ocupación ninguna: «tomad luego esos cien reales, y mañana salid desta ínsula, desterrado por diez años». Proyecta suprimir o reducir las casas de juego, y le advierte uno de los escribanos que le acompañan: «Esta a lo menos no la podrá vuesa merced quitar, porque la tiene un gran personaje». Un corchete ha detenido a un mancebo que amedrentado huyera de ver tan próxima la justicia, y Sancho envíale a «dormir en la cárcel». Arguye el muchacho que el gobernador no conseguirá lo que manda, estrellándose su autoridad en la voluntad del mozo, de quien exclusivamente depende la de dormir o permanecer despierto. No siendo por desobediencia al gobernador, sino por voluntad del muchacho, el gobernador le perdona. Los corchetes han detenido a dos jóvenes disfrazados, ella de hombre, y él de mujer: ella, recluída desde la muerte de su madre, y sujeta a la

severidad e inflexibilidad con que su padre la trataba, nada conocía del mundo; y él maquinó aquella noche el modo de que discurrieran juntos por las calles, y su hermana satisficiese la curiosa necesidad que sentía de respirar un poco de aire libre. Justificáronse ante el gobernador, que los acompañó a su casa. Penetraron callada y sigilosamente los fugitivos, y su padre no descubrió la ausencia. Menudeaban en las nocturnas rondas los acaecimientos inesperados. Sancho se desveló en su busca. Durante el día, menudeaban por igual las preocupaciones. Juzgad de un sucedido. Sobre un río había un puente, y quien por él pasare había de jurar antes la verdad de adónde iba y a lo que iba, y pasaba si juraba verdad, y sería ahorcado si juraba mentira (en el puente, a uno de sus extremos, una horca esperaba...). He aquí que va a pasar un hombre, y jura que «iba a morir en aquella horca que allí estaba». Si le dejan pasar, ha mentido y debe morir; si le ahorcan, ha jurado verdad y no debieron ahorcarlo, sino dejarle que pasara. Opina Sancho que procede ahorcarlo por lo que mintió, y salvarlo por lo que dijo de verdad, y que, pues la verdad le redime y la mentira le condena, y «están en un fil» las razones de castigarlo y de absolverlo, se le deje pasar sin inconveniente: Sancho recordó y obedeció un consejo de Don Quijote: «que cuando la justicia estuviese en duda, me decantase y acogiese a la misericordia». A los siete días de gobierno, y a la séptima noche, descansaba de sus importantes tareas el celoso gobernador de la Barataria. Ruidos extraños, en que se mezclaban voces y

gritos, tañidos de campanas, y sones de trompetas y de atambores, lo sacaron del lecho. Gentes con hachas encendidas y con espadas desenvainadas invítanle a que presto se arme: «Arma, arma, señor gobernador, que han entrado infinitos enemigos en la ínsula». Sancho piensa en el valeroso Don Quijote. Consiente en que le armen. Dos paveses le ponen, sobrados para su estatura, que le cubren por delante y por detrás el cuerpo. Le dan una lanza. El pobre gobernador prueba de andar, y cae, y queda inmóvil en e suelo «como galápago encerrado». La gente de la shachas (unas veinte personas) las apaga entonces, y salta por encima de Sancho. Jubilosas voces anuncian el fracaso de los enemigos. Aclaman por vencedor al empavesado. Vuelven los de las hachas, y le desnudan de los paveses opresores, y Sancho se desmaya. Vuelve él en sí; lentamente se viste; monta en su rucio: «Abrid camino. Yo no nací para ser gobernador. Mejor se me entiende a mí de arar y cavar, podar y ensarmentar las viñas, que de dar leyes, ni de defender provincias ni reinos. Vuesas mercedes digan al Duque mi señor que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano; que sin blanca entré en este gobierno, y sin ella salgo, bien al revés de como suelen salir los gobernadores de otras ínsulas; y apártense, déjenme ir»... Sancho renuncia. Sancho regresa al castillo de los Duques. Sancho no ambicionará nunca gobernar una ínsula. Sancho ha adquirido en siete u ocho días la sana, fecunda y ventajosa experiencia de que no sirve para tales menesteres. Aprendan en el ejemplo de Sancho los que

tampoco sirven, y creen que sirven, y gobiernan sin servir, y ellos son los servidos.

XXVI

Prosiguieron Don Quijote y Sancho la senda de las ignoradas aventuras. Bien los Duques se divirtieron a la sombra de los dos andantes. Pertenecían los Duques a la especie de nobles que ocupaban o distraían su profesional holganza en consumir sus rentas, cuando no sus rentas y su hacienda. Me informa e instruye un malicioso amigo (remítome a sus noticias, de cuya veracidad y certeza no respondo) que al presente existen aún ejemplares manifiestos de la especie citada. La suntuosidad de sus palacios, castillos o casas de placer, heredados de sus mayores, es contraste de la pequeñez o de la miseria moral e intelectual que les caracteriza. El despotismo, es enfermedad de su intención. La superficialidad y la vanidad, son normas de sus procederes. Hablan en inglés o en francés, y poco y mal en español, y no piensan en ningún idioma. Su alcurnia les da acceso en la política y en las Academias, y sacan de la política los favores, y aportan a las Academias su ineptitud. Précianse de grandezas que recibieron y no ganaron, y blasonan de blasones que mejor les delatan que les enaltecen. Viajan mucho, no por aprender e instruirse, sino por disipar el hastío; y de España les preocupa, a lo sumo y a ratos, lo que en

ella poseen, y lo que de ello les comunican los apoderados y los administradores que lo gobiernan. En sus palacios, los administradores y secretarios se alínean y nivelan entre los lacayos, ayudas de cámara y mozos de comedor; que el noble no ve sino servidumbre en todos, y para él no hay sino inferiores o criados. Derrocha él en bagatelas y deportes no escasa porción de su inmerecida fortuna, y páranse en esto sus estímulos generosos. Las palabras «derecho propio» se enlazan para rendirle honores, y las imagina forjadas para su provecho y personal albedrío. No ahorca, ni azota, ni martiriza... porque no lo permite la humanitaria condición de los tiempos. Armas maneja; pero nunca las ingeniosas, porque nunca tampoco el ingenio se adquirió y cultivó en la escuela de las cacerías ni en la universidad de las salas de esgrima. Su aposentarse en el mundo no dejará huellas luminosas, y su muerte, acaso prematura, castigará sus vicios y coronará la pesadumbre de sus flaquezas. Me he limitado a reflejar los informes que me suministra el amigo malicioso, vengando yo en los continuadores y perpetuadores de la ducal vagancia, supuesto que los hubo, al Hidalgo y a Sancho. Venganza merecen por las burlas que los Duques les prodigaron. Extendiéronlas a la mujer y a la hija del escudero: un paje despacharon que les llevó una carta y algunos obsequios de la Duquesa, y una carta de Sancho, escrita en el castillo (por mano ajena, que no escribían las suyas, ni leían sus ojos): las dos mujeres, el cura, el bachiller y el barbero enteráronse del encumbramiento de Panza a

gobernador, y de la estancia y permanencia del Héroe en el castillo con los Duques; y otra vez concibe el bachiller Carrasco el propósito de traerse a Don Quijote, y retenerlo y atenderlo en la paz y placidez de la aldea: el Caballero del Bosque cederá su espada y sus bríos al Caballero de la Blanca Luna.

XXVII

Conversan en el campo con unos hombres que para un retablo de su lugar conducen diferentes «imágenes de relieve y entalladura». Don Quijote cuerdamente razona acerca de cada imagen y del santo que cada una simboliza. Hombres e imágenes reanudan su marcha. El Hidalgo y Sancho éntranse por un bosque. Redes de hilo verde cruzan de unos a otros árboles. Surgen dos «hermosísimas pastoras». Explican cómo algunas gentes principales de una aldea próxima han determinado disfrazarse, de zagalas las doncellas y de pastores los mancebos, y simular «una nueva y pastoril Arcadia», y representar dos églogas, de Garcilaso y Camoens, respectivamente. Convídanlos a participar de su compañía y de la fiesta. Don Quijote se les ofrece en calidad de caballero andante y les dice quien es. Las dos pastoras han leído las hazañas del caballero. Las han leído otros de los presentes en esta Arcadia. Don Quijote se excusó del convite, y lo aceptó al cabo, requerido por la solicitud afectuosa de zagalas y de pastores.

«Acudieron a las tiendas, hallaron las mesas puestas, ricas, abundantes y limpias»: colocaron a Don Quijote en sitio preferente. Acabada la comida, testimonió él su agradecimiento: «sustentaré dos días naturales, en mitad dese camino real que va a Zaragoza, que estas señoras zagalas contrahechas que aquí están, son las más hermosas doncellas y más corteses que hay en el mundo, excetando sólo a la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis pensamientos». Se levantó guiado de su locura, y «en mitad del camino» repite en voz alta lo de la hermosura y cortesía, y que «el que fuere de parecer contrario, acuda, que aquí le espero». Tropel de hombres a caballo, y con lanzas, venía a la sazón por el camino. Indícale uno de los lanceros: «Apártate, que te harán pedazos estos toros» (toros, con efecto, eran). Contesta Don Quijote: «para mí no hay toros que valgan», y «confesad, malandrines, que es verdad lo que yo he publicado». Los lanceros, los caballos y las reses (las bravas y las mansas), derribaron a Don Quijote, a Rocinante, a Sancho y al rucio, y por encima de ellos velozmente pasaron. Don Quijote y Sancho, corridos de vergüenza, ausentáronse sin despedirse de la Arcadia. Ya lejos, se sentaron y reposaron al pie de una fuente. Se tendieron y durmieron sobre la hierba, y despertaron «algo tarde». Se hospedaron en una venta, no más provista que de palabras del ventero. Desde su habitación oye Don Quijote hablar en la de al lado. Comentan los que hablan un capítulo del «Quijote», de Avellaneda, donde se pinta al Héroe «desenamora-

do de Dulcinea». Protestó y se dió a conocer el manchego, y sus vecinos se llegaron a él y le mostraron un ejemplar del libro. Don Quijote lo hojeó y lo devolvió, y calificó de necio el libro; y para desmentir una de las afirmaciones que en éste se encerraban, decidió no ir a Zaragoza. Irá a Barcelona; «y así sacaré a la plaza del mundo la mentira dese historiador moderno, y echarán de ver las gentes cómo yo no soy el Don Quijote que él dice.»

XXVIII

Sancho, dormía sobre el césped. Velaba y meditaba el de la Triste Figura. Había suplicado y reiterado a su escudero muchas veces que se azotase, y librase del encantamiento a Dulcinea. Alegaba Sancho dilatorias excepciones. El Ingenioso Hidalgo estima de oportunidad ahora los demorados y preteridos azotes, y propiciarlos él con las riendas de Rocinante. Despiértase Sancho, ve al caballero con las riendas, averigua el designio, insiste el amo, se resiste el criado y arremete a Don Quijote, y «dió con él en el suelo boca arriba». Don Quijote: «¿contra tu amo y señor natural te desmandas?, ¿con quién te da su pan te atreves?», le amonesta y pregunta. «Vuesa merced me prometa que se estará quedo y no tratará de azotarme por agora», replica Sancho. «Prometióselo Don Quijote, y juró por vida de sus pensamientos no tocarle en el pelo de la ropa, y que

dejaría en toda su voluntad y albedrío el azotarse cuando quisiere». De unos árboles pendían piernas humanas. Asustado el ex gobernador de la ínsula, le advierte y tranquiliza su señor: «sin duda son de algunos foragidos y bandoleros que en estos árboles están ahorcados»; de lo cual fundadamente deduce «que debo de estar cerca de Barcelona». Con el amanecer, los bandidos que dirigía y mandaba Roque Guinart se acercaron también, y rodearon a nuestros amigos, y empezaron a desvalijar al escudero. El capitán («mostró ser de hasta edad de treinta y cuatro años, robusto, más que mediana proporción, de mirar grave y color morena»), insinúa al mohino Don Quijote: «no habéis caído en las manos de algún cruel Osiris, sino en las de Roque Guinart, que tienen más de compasivas que de rigurosas.» Por la respuesta y la catadura del manchego, comprobó Guinart lo que de referencias sabía. Charlaron los dos como si se conociesen de antiguo. Confesó el capitán los anhelos de venganza que torcieran sus inclinaciones a despecho y pesar de lo que él entendía, y que fiaba en Dios salir del laberinto de sus confusiones y parar en seguro puerto. Se portaba con sus subordinados justa, equitativa y severamente. Nunca retardaba el amparar y defender a cuantos lo solicitasen de su generosidad valerosa: dígalo por nosotros la doncella Claudia Jerónima. Procuraba en las realidades de su oficio conciliar, a su modo, su interés con la posible amabilidad y clemencia: por nosotros lo digan dos caballeros y dos peregrinos que iban a Barcelona, y

Doña Guiomar de Quiñones, «mujer del regente de la vicaría de Nápoles», y sus criados y dueñas, admirados de la bondad y gentileza de Roque, al extremo de que la Doña Guiomar intentara, agradecida y conmovida, besarle los pies y las manos; «pero él no lo consintió en ninguna manera; antes le pidió perdón del agravio que le había hecho, forzado de cumplir con las obligaciones precisas de su mal oficio». Don Quijote estuvo con Guinart tres días y tres noches, y en éstos resaltan unas frases del Héroe a los bandidos para disuadirles de su profesión peligrosa «así para el alma como para el cuerpo». Guinart escribió «a un su amigo de Barcelona», avisándole «que de allí a cuatro días, que era el de San Juan Bautista, se le pondría Don Quijote en mitad de la playa de la ciudad, armado de todas sus armas», y que lo acogiese, y él y los Niarros, con envidia de los Cadells, se solazasen en la compañía del famoso y divertido caballero. Se relacionaba Guinart con personas de honradez e influencia. También en nuestros días hay bandoleros influyentes, aunque no todos en los campos, ni perseguidos por la justicia. D. Antonio Moreno, el amigo de Guinart, aguardaba con otros, «sobre hermosos caballos y con vistosas libreas», en la playa de Barcelona. Llegan Don Quijote y Sancho, y se extasían en la contemplación del mar, «hasta entonces dellos no visto». Los que esperaban, saludan («con grita, lililíes y algazara») a nuestro Invencible: «el espèjo, el farol, la estrella, y el norte de toda la caballería andante». Se declaran por «sus servidores, y gran-

des amigos de Roque Guinart». Don Quijote complácese del entusiasta y cariñoso recibimiento que le dispensan. D. Antonio Moreno le recibe, le hospeda, le agasaja.

XXIX

Pasean a caballo por la ciudad: «archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos, y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza única». Sin que él lo notase, pusieron en las espaldas de Don Quijote un pergamino, y con letras grandes: «Este es Don Quijote de la Mancha». Muchos leían el letrero y pronunciaban en alta voz el nombre. Se atrevió alguno a recordar al Héroe los palos que sufrió en sus andanzas, y a decirle que se volviese a vejetar en su aldea. D. Antonio rechazó al atrevido, negando la locura de Don Quijote, y añadiendo que «la virtud se ha de honrar dondequiera que se hallare». Satisfacíase con su popularidad el desvariado. Por la noche, «hubo sarao de damas» en casa de D. Antonio, y no faltaron quienes de ellas sacaran a bailar a Don Quijote. De los requiebros que le dirigían las damas, se defendió expresivo: «allá os avenid, señoras, con vuestros deseos; que la que es reina de los míos, la sin par Dulcinea del Toboso, no consiente que ningunos otros que los suyos me avasallen y rindan»; y «se sentó en mitad de la sala en el suelo, molido y

quebrantado de tan bailador ejercicio». En el nuevo día, que lo era de viernes, le enseñó D. Antonio, en una de sus habitaciones, «una mesa al parecer de jaspe, que sobre un pie de lo mismo se sostenía, sobre la cual estaba, al modo de las cabezas de los emperadores romanos, una que semejaba ser de bronce, hecha y fabricada por uno de los mayores encantadores y hechiceros que ha tenido el mundo», y que durante los viernes respondía a cualesquiera preguntas. Contestó, entre otras, las de Don Quijote y de Sancho; y su entonación vibrante y sus atinadas respuestas maravillaron a los preguntadores, mejor aún que el mono de maese Pedro en la venta. (Contestaba, desde «el aposento de abajo, correspondiente al de arriba», un sobrino de D. Antonio, empleando un tubo o cañón de hoja de lata y vacío, que atravesaba el sostén de la mesa y coincidía por dentro con la boca de la figura). Don Quijote visitó y recorrió a pie las calles de la capital. Atrajo su atención una imprenta, y entró; y habló allí con cierto traductor del libro toscano *Le Bagatelle*, y vió corregir pruebas de uno intitulado *Luz del alma* y de la *Segunda parte del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, compuesta «por un tal vecino de Tordesillas». En Barcelona, pues, dos grandes cosas admiró Don Quijote que nunca había admirado de cerca: el Mar, la Imprenta, los dos vehículos principales de cultura y de civilización de los pueblos. Visitó, igualmente, con D. Antonio y Sancho, las galeras. En la capitana, el general (prevenido por D. Antonio) se adelantó a recibirlos: «las galeras

abatieron tienda, y sonaron las chirimías». La chusma no perdió la ocasión de voltear, sobre sus brazos y de banco en banco, al exgobernador escudero. El ruido que produjo al caer la entena «de alto abajo», y al izarla después, alarmó, faltos de costumbre, al escudero y a Don Quijote. Se interna en el mar la capitana. Señala Montjuich «que hay bajel de remos en la costa por la banda de poniente». Ordenó el general que saliesen las demás galeras. Desde el bajel, dos toraquis, o turcos borrachos, «dispararon dos escopetas, con que dieron muerte a dos soldados que sobre nuestras arrumbadas venían». Apresado el bajel, tórnanse a la playa y llévanlo las galeras consigo. Sube el virrey de la ciudad a la galera capitana... Y aquí mezcla la historia un episodio inferior en todos conceptos a aquel del «cautivo» que en la primera parte refiere: el episodio del morisco Ricote y su hija, separado de la hija y de la esposa el padre por el decreto de expulsión contra los moriscos, y expatriado en busca de un lugar en el extranjero donde acomodarse con su familia, y de nuevo en España, disfrazado de peregrino, para recoger un tesoro que guardó y escondió antes de marcharse; y su hija, con dos tíos suyos, refugiada, mientras, en Argel, donde el rey berberisco, noticioso de su belleza, la llamó a su palacio y le preguntó «de qué parte era de España, y qué dineros y qué joyas traía», y la autorizó para volver a su patria y sacar el tesoro escondido por su padre. Ricote y su hija se encontraron y reconocieron, ella vestida de hombre y transformada en arraez del bajel o ber-

gantín apresado, y detenida en la capitana de las galeras y a punto de perecer ahorcada, en castigo de la criminal acción de los dos turcos o toraquis, y él entre la fila de curiosos que de rondón y detrás del virrey se subieron a la cubierta del barco. Perdona el virrey a la muchacha, y dispone que mueran ahorcados los dos turcos. D. Antonio aloja en su casa a Ana Félix y a su padre el morisco. De acuerdo el virrey y D. Antonio, mirarán de que Ricote y su hija queden en España, y alivien su suerte, y con la suya la de Gaspar Gregorio, que quiere a la doncella, y la siguió a Argel y compartió sus penalidades.

XXX

«... y una mañana, saliendo Don Quijote a pasearse por la playa, armado de todas sus armas, porque, como muchas veces decía, ellas eran sus arreos, y su descanso el pelear, y no se hallaba sin ellas un punto, vió venir hacia él un caballero armado asimismo de punta en blanco, que en el escudo traía pintada una luna resplandeciente.» El Caballero de la Blanca Luna dice a Don Quijote: «vengo a contender contigo y a probar la fuerza de tus brazos, en razón de hacerte conocer y confesar que mi dama, sea quien fuere, es sin comparación más hermosa que tu Dulcinea del Toboso.» También le dice: «si tú peleares y yo te venciere, no quiero otra satisfacción, sino que dejando las armas, y absteniéndote de buscar aven-

turas, te recojas y retires a tu lugar por tiempo de un año, donde has de vivir sin echar mano a la espada, en paz tranquila y en provechoso sosiego, porque así conviene al aumento de tu hacienda y a la salvación de tu alma.» Pelearon, y venció el de la Blanca Luna. Don Quijote enfermó de tristeza, y permaneció en el lecho seis días; y si imaginaba aventuras, y se prometía afrontarlas airosa y victoriosamente, atajábase a sí propio, exclamando: «¿No soy yo el vencido? ¿No soy yo el derribado? ¿No soy yo el que no puede tomar arma en un año? ¿Pues qué prometo?» El manchego insigne y su inseparable criado se despiden de D. Antonio, de Barcelona, y del mar, grande y majestuoso, inquieto y profundo como el ideal de Don Quijote. Que en el viaje, en el obligado retorno, una manada de irrespetuosos cerdos tumbó en tierra a Don Quijote y a su caballo; que los Duques retuvieron segunda vez al Héroe en su castillo, para agotar en él y en Sancho el repertorio de sus burlas; que por fin se azotó, o aparentó azotarse, el escudero, por desencantar a Dulcinea, y se satisfizo el Hidalgo; que en un mesón o venta habló éste con el caballero Alvaro Tarfe, una de las personas que en el falso libro de Avellaneda figuran, y logró convencerle de que el legítimo y único Don Quijote era el que le hablaba; que pensó y planeó (su último desvarío), imitando a los de la Arcadia fingida, vestirse de pastor y morar en el campo... nos interesa poco, luego de saber que, para siempre derrotado y acabado, regresaba a su lugar Don Quijote. ¿Quién habrá que, sabiéndolo, no le repute ya

por loco irremediable y sin ventura? Reñían dos muchachos a la entrada y en las eras del pueblo: «No te canses, Periquillo, que no la has de ver en los días de tu vida», indicaba uno de los dos. Don Quijote descubrió para sí el significado de tales palabras, y «no tengo de ver más a Dulcinea», derivó y vaticinó amargamente. «¡No tengo de ver más a Dulcinea!». Su ideal huía, su ideal le dejaba, y Don Quijote carecía del necesario vigor para cogerlo y nuevamente apropiárselo, y para mostrarlo e imponerlo a las corrompidas y a las acobardadas gentes. Dulcinea no volvería a ser. Su imagen, creada por la fantasía, pasaba y se alejaba como un espectro. Humanidad, Justicia; ensalzamiento de los humillados, humillación de los egoístas, de los perversos y de los perezosos; desaparición, o atenuación al menos, del «tuyo» y del «mío»; fraternidad, amor: todo había sido un sueño, un vértigo de espiritualidad en el fondo de un alma pura; todo pasaba y se alejaba, y se esfumaba al cabo en las revueltas de un interminable camino. Don Quijote, pues, cayó en cama: «melancolías y desabrimientos» menguaron su débil resistencia. Durmió unos instantes, y al despertar bendijo el nombre y la misericordia de Dios: «tengo juicio ya libre y claro.» Su sobrina, el ama, el cura, el bachiller, no se resolvían a creerle. Se convencieron pronto. Abominó de Amadís de Gaula y de «la infinita caterva de su linaje», y de los libros de caballerías. Sentíase morir, y pidió confesarse: «Verdaderamente se muere, y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno», afirmó el se-

ñor cura, después de confesarle. Pidió un escribano y otorgó testamento; y de la sobrina, del ama y de Sancho se acordó proporcionadamente en aquella su última voluntad. Prohibió en él a su sobrina casarse con quien supiere «qué cosas sean libros de caballerías», amenazándola con perder «lo que le he mandado». Y murió cuerdo Don Quijote; y su ideal de Justicia continuó y continúa haciendo locuras por el mundo...

* * *

Nada más, señores Académicos; porque nada más podría yo expresaros acerca del IDEAL DE JUSTICIA DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

11 de Julio-26 de Agosto de 1921.

FE DE ERRATAS

Páginas	Líneas	Dice	Corrección
9	2	Licenciado	Licenciado.
14	7	compnender	comprender
16	5	, su señor,	su señor,
23	27	agradan	agrandan
24	25	o lo malo	y lo malo
26	16 y 17	hábifos	hábitos
29	11 y 12	respondella	respondelle
30	14	locura	Locura
39	12	barbero,	barbero
46	14 y 15	Beltenebros	Beltenebrós
49	6	enguñó	engañó
53	11	pobreza,	pobreza.
56	23 y 24	chocor	chocar
65	28	cura	ama
66	6 y 7	afligieron	afligiría
70	11	de la Mancha	la Mancha
70	26	Don Quijote	Don Quijote,
70	27	rostro.	rostro,
78	25	Sa	Se
79	8	honrra	honra
89	4	*Jusrispudentia*	*Jurisprudentia*
89	22	perveros	perversos
93	8	Maguncia,	Maguncia

Quien leyere mi anterior Discurso hará obra de caridad purgándolo de erratas... y de errores (de errores, sobre todo). Corríjalos, y cuente con mi gratitud, desde luego. Adviértole que en la página 90 he dicho: «y a lo mejor, a lo mejor, uno de los locos descubre un mundo, y los sensatos se apresuran a explotar sus riquezas, y el loco muere cuerdo y pobre y en una cárcel». Uso aquí la palabra CÁRCEL en un sentido figurado: en el de *tortura de injusticia que cohibe y destruye las esperanzas alentadoras del vivir*. Cárcel peor no existe. Los que dan en ella sufren martirio de incomprensión o de humillación, y agravan frecuentemente su daño con el despecho o con el odio Muchos hombres van libres, al parecer, por la calle; pero en la realidad son pocos los que no llevan encarcelado su espíritu. Los hay que lo ignoran; los hay que simulan ignorarlo: con ninguno de éstos guardan relación mis palabras. Fíjense en otras los lectores para depurar y pulir mi Discurso.

A. P. y U.

DISCURSO

DEL EXCMO. SEÑOR

D. JOSÉ MALUQUER Y SALVADOR

Académico de Mérito

Señores Académicos:

Poniendo atención la Academia en mi buen deseo, confío que no desdeñará este modesto servicio de responder al discurso leído por el ilustre compañero y buen amigo Adolfo Pons, que descubre en su trabajo tal diversidad de conceptos levantados y sútiles, que hubiera sido dar muestra de atrevido apresurándome a escribir esta parte, que no es buena, por ser segunda y por ser mía; pero hubiera pecado de escrupuloso en demasía al no contentarme jamás de lo hecho y siendo excesivamente tardío en el cumplimiento de tal deber.

Adviértese en este solemne acto que un Académico catalán reverencia y comenta gallardamente el *Quijote*, y que otro catalán, Académico, se apresta a secundarle modestamente. Entienden algunos que están poco menos que incursos en la apreciación clásica de presuntuosos, los que, si bien nacidos en tierras muy de España, no siéndolo en los antiguos Reinos castellanos, glosan las famosas aventuras del andante Caballero de la Mancha, a menos de ser escritores de reconocida autoridad literaria, como lo es mi compañero. Si alguno piensa de tal manera, olvida que el Príncipe de los Ingenios españoles tributa elogios, con amplio espíritu, a cuanto es honra y

prez de la patria. Cervantes considera graciosa el habla valenciana, y dice que no debe desestimarse al poeta que escribe en vizcaíno, elogiando en otros pasajes a la insigne Zaragoza y a las santas montañas de Montserrat. ¿Qué extraño es que Cervantes sea venerado en toda España cual lo es en todo elmundo?

Halló, quien esto escribe en lejana infancia, como ornamento de su casa solariega, situada en un pueblo ribereño del Llobregat, una edición del *Quijote* de principios del siglo pasado, leída repetidamente.

Sé bien que sorprenderá a bastantes oyentes la noticia de que el insigne Cervantes es Señor privativo de una sala del Instituto de Estudios catalanes de la ciudad «archivo de la cortesía», y que tiene ella como gala principal la colección cedida por el ilustre bibliófilo Bonsoms, apareciendo catalogadas más de mil ochocientas obras, contenidas en tres mil volúmenes. Se afirma en la autorizada Bibliografía cervantina de Rius, empezada a publicar en Madrid (primer tomo, 1895) y terminada en Villanueva y Geltrú (tercer tomo, 1905) con el concurso final de Menéndez Pelayo, que la colección de Bonsoms es la más rica y numerosa de obras de Cervantes que hay en el mundo. Esta fué la conmemoración del Centenario de 1916 en Cataluña.

Campo extenso ofrece a la erudición el recuerdo de los buenos cervantófilos catalanes. Sobresalen en este orden la afirmación de Capmany en 1742 «la memoria de Cervantes será eterna mientras haya prensas que impriman y ojos que lean» y un homenaje en 1871 del Ateneo catalán al autor del *Quijo-*

te, donde pronunció Milá y Fontanals un magistral discurso.

Para apreciar el extendido conocimiento de Don Quijote en el antiguo Principado, basta citar una curiosa agitación, que se propagó del Ampurdán a Barcelona, en los años de 1835 a 1837, fomentada toda ella entre delirios y discreteos, merced a asociaciones, remedo de leyes y decretos, comedias y bailes, en que se entretejieron reminiscencias de la ínsula Barataria y del Infantazgo de la que fué discreta y hermosa Dorotea. Sin un ambiente popular bastante culto hubiese habido mayor locura en el batallador político Abdón Terradas al intentar tal empresa, que al utilizar para ella la triste realidad de los desvarios de un entusiasta y humilde lector del *Quijote*, que originó la intensa y, para espíritus susuperficiales, inocente farsa.

Pocos rasgos hay tan curiosos y delicados en esta materia como los repetidos actos conmemorativos del Ateneo Obrero de Tarragona (1872 a 76), en desagravio de haberse dado a la estampa en aquella ciudad «la detestable obra del no menos detestable Avellaneda.»

Si pluguiera a Dios que tuviesen las letras patrias un escritor justamente esforzado para descolgar la péñola, más famosa de España, narraría seguramente, entre otras felices aventuras no reseñadas de Don Quijote en todos los tiempos, en pos del ideal, partiendo de tierras industriosas de las costas de Levante, su salida al Extremo Oriente, con la celada puesta de Roger de Flor, al frente de los almogá-

vares, para quebrantar la soberbia de los turcos, venciendo a más de cincuenta mil en empeñado combate y siendo proclamado César asiático, o la proeza que acometió el audaz Caballero cuando llevaba el marcial ros y tremolaba, con épico gesto, la bandera española, después de arengar con noble coraje a denodados voluntarios catalanes y a valientes soldados de Córdoba, en lo más recio de la batalla de los Castillejos.

No quiero caer en el error de extender más de lo debido este prólogo, que tiende a poner este sencillo discurso bajo la alta protección de la Academia, por ser escrito en obediencia debida a su mandato y en correspondencia a la amable designación del novel Académico de Mérito, que ha velado cumplidamente sus armas como requieren nuestras normas.

* * *

El Sr. Pons tiene una significación académica muy definida. Y, entiéndase bien, de Académico de la de Jurisprudencia. Recuerdo haber oído al distinguido recipiendiario una de las muchas veces que le he escuchado con complacencia y aprovechamiento—no sé, en la ocasión aludida, si en la solemne tribuna o en la viva y casi familiar conversación de la Secretaría general—que cada autor escribe un solo libro en su vida, por fecunda que sea su producción literaria y que en esta se transforma, extiende y diversifica. Así como tenemos en nuestra Casa el ejemplar del que es siempre Académico de la Real de Ciencias

Morales y Políticas, me imagino que, en aquella estimada Corporación hermana, Pons es siempre uno de los nuestros, de los que necesitamos este amplio ambiente para la investigación y la controversia, este nexo entre la experiencia profesional y la mocedad escolar, esta constante comunicación corporativa con la opinión, este «no sé qué» característico de la apreciadísima Real Academia de Jurisprudencia, dicho sea todo esto con el mayor respeto a los méritos de otras organizaciones académicas.

No hace mucho tiempo comentaba una sesión de resurgimiento de los que asemejaban ya clásicos actos inaugurales del curso, y que promovió el ejemplar y querido Presidente Sr. Bergamín.

Permítanme, señores, referirme a algo de lo escrito entonces en la *Revista general de Legislación y Jurisprudencia*, que refleja una impresión relativa a los trabajos de nuestro excelente compañero escrita con una espontaneidad respecto a D. Adolfo Pons, que ahora no se reconocería fácilmente. En la Academia algunas Memorias leídas en las sesiones de inauguración del curso, se resienten de hallarse sometidas a normas consuetudinarias, al reflejar la vida académica que pudieron recoger actas protocolarias. Siendo los autores Académicos que se distinguieron en las luchas corporativas, los trabajos solían ser interesantes y concienzudos, bastantes notables y algunos no desprovistos de originalidad. A los mismos he dedicado sendas apreciaciones de estima; pero destacan y se enlazan, a juicio de muchos, incluso de autores de estas memorias, en el sentido

de ofrecer una nueva estructura, el Académico de recia mentalidad, que murió siendo ignorado por el gran público, Luis de Urquiola, quien empezó a hacer verdaderos y profundos comentarios científicos; después Llanos Torriglia, que los amplió con eruditas y sagaces observaciones a la vida pública, y adoptó un elevado tono literario y, en los últimos cursos, Pons, que ha mantenido cumplidamente aquel tono literario y renovador, al extender aun más la atención a la realidad exterior.

Parecen ser estas reminiscencias ocasión oportuna para tributar un sentido recuerdo a Javier Gómez de La Serna, muerto recientemente, Secretario general y Vicepresidente, cumplidor de sus deberes, que trajo a la vida académica una inquietud de juventudes de la Universidad y de núcleos políticos, que se tradujo en animación de nuestros debates y organismos corporativos.

Volviendo a la labor de Pons, creo que el mejor elogio del discurso-resumen de trabajos leídos el año 1919, resulta una manifestación explicita, definitiva y, a mi modo de ver, loabilísima de una trans. formación académica. Entre las Memorias precedentes, con vislumbrarse a veces algo de esto, y la del año mencionado, existe una línea divisoria, dentro de la unidad de vida académica. Vamos, con general asentimiento más o menos expreso, a una expansiva orientación de colaboraciones científicas, y tiene tal arraigo, que evolucionamos sin darnos perfecta cuenta de ello.

Pensando con el criterio de otras naciones, que

comienza a tener estima en la nuestra, las condiciones del organizador en la Academia y en el Instituto de Estudios diplomáticos, y considerando la eficacia de su labor, si tiene el aditamento, mejor dicho, si es substancia esencial de su actividad el valer intelectual, la cultura y las dotes oratorias, comprenderéis que, al juzgar que reúne estas condiciones el nuevo Académico de Mérito, poco tengo que añadir para justificar nuestra elección, y si tuviese que decirlo sobraría el galardón concedido. Recuerdo concretamente, como excepción, entre sus muchas publicaciones, la obra doctrinal premiada en que estudia en Cánovas al jurisconsulto, al estadista y a lo que vale aun más que todo esto, al patriota.

Fuera de aquí es un buen conocedor y expositor documentadisimo del régimen parlamentario y un crítico, mordaz a veces, desde los bastidores, de dichos y hechos de algunos que han estado en plena escena política.

Termino este breve capítulo con la observación de algo que a la par debe amargarle un tanto a existencia y agradarle. A D. Adolfo Pons le es más difícil que escriban su nombre en la *Gaceta* que le ha sido recibir públicos homenajes. El de hoy, ciertamente, es de los que significan una fecha memorable en la vida de un Académico.

* * *

Muchos pasajes del *Quijote* ha recordado el señor Pons en un discurso que abrillantan un lenguaje castizo, reflexiones oportunas y observaciones agu-

das, teniendo la merced, según he visto, de dejarme dos pasajes sin recoger, relacionados con aspectos de la vida que preocupan más hondamente a la sociedad moderna que a la coetánea de Cervantes: los de la política social.

Bastante conviene el espíritu del ingenioso hidalgo a cuantos contribuyen a la defensa de la justicia social, no solamente porque han de tener propio asiento en su alma las tristezas, y desventuras ajenas, sino porque su descanso ha de ser el pelear, necesitando más aliento aun en perseverar que brío en acometer. Deben, además, imaginar siempre que nunca están tan aquietados los ánimos en tierras y multitudes conquistadas para el progreso que no se procure probar ventura y alterar de nuevo las cosas.

En los Palacios de los Príncipes, en las casas de los Gobernadores de pueblos, en las Escuelas y Academias de leyes, entiendo que debería escribirse con letras de oro este consejo, realmente de Alonso Quijano el bueno, dado a Sancho para el feliz gobierno de aquella Insula que ha quedado como región ideal. Es una Carta la aludida que asemejaría ser en esto verdadera Carta magna para el Estado que la proclamase, mejor dicho, que la atendiese: «No hagas muchas pragmáticas, dice, y si las hicieres procura que sean buenas, y sobre todo que se guarden y cumplan; que las pragmáticas que no se guardan, lo mismo que si no lo fuesen; antes dan a entender que el Príncipe que tuvo discreción y actividad para hacerlas, no tuvo valor para hacer que se guardasen; y las leyes que atemorizan y no se ejecutan, vienen a ser como

a viga, rey de las ranas, que al principio las espantó, y con el tiempo la menospreciaron y se subieron sobre ella.»

Algo podría ahora recordarse de cómo se hizo en nuestra España una pragmática que impone la obligación de dar pensiones de vejez a los que han salario y de cómo se ha procurado que aquélla se guarde, tras de descomunales batallas, habiendo tenido el Príncipe discreción y actividad para hacerla y valor para cuidar de que que se cumpla, apoyando a Gobernadores y Hermandades sociales que pugnan por seguir el consejo del gran educador de multitudes, que fué más prudente estadista que algunos de los que tal dictado se han dado.

La pragmática del seguro obligatorio remedia males graves de la Economía social. Estaba entonces muy lejana la santa edad en que era fácil a todos alcanzar el necesario sustento, según el famoso discurso ante el que se postra cautiva la atención de nuestro ilustre cervantófilo académico.

Viviase en aquellos «detestables siglos» en que los «catariberas», pretendientes de varas de Alcaldes, que han dejado sucesores en lugares de cuyo nombre no podemos ahora acordarnos, sólo proporcionaban una ración y quitación menguada a sus pajes y servidores. Podían estos llegar aquí a capitanes y subían en Francia a gentilhombres; pero también en el país vecino existían poco después los salarios depreciados a la mitad en las históricas épocas del hambre, con sólo siete años de distancia. Aun ahora han podido registrar Berenger y otros ilustres publicis-

tas una enorme masa de proletarios intelectuales en la nación francesa, no mejor tratados que el paje despedido que ha inmortalizado el *Quijote*.

«Ya se va dando la orden, se dice en el capítulo XXIV de la segunda parte del Libro español, cómo se entretengan y remedien los soldados viejos y estropeados, porque no es bien que se haga con ellos lo que suelen hacer los que ahorran y *dan libertad a sus negros cuando ya son viejos y no pueden servir, y echándolos de casa con título de libres los hacen esclavos de la hambre*, de quien no piensan ahorrarse sino con la muerte.»

Para hallar una condenación tan severa es preciso llegar a las palabras pontificias relativas a cuantos tenían en el último tercio del siglo pasado a seres humanos en una esclavitud moderna de las máquinas no menos dura que la antigua.

Esta servidumbre social es la que acude a remediar el seguro obligatorio que ha producido una obra de auxilio y de cordialidad justa y debida, teniendo por caudillo a Marvá, el General sabio, ecuánime y bueno.

Es largo el camino seguido. Tres centurias pasaron desde que se escribió aquella página gloriosa de un verdadero precursor de la política social hasta que se pensó seriamente en la pensión de vejez de los económicamente débiles. Mas la aurora existe.

En toda la vida de nuestra Economía popular el andar es trabajoso y se muestran muy separadas las épocas de adelanto. El siglo XVII ve el Monte de Piedad, nacido en Madrid con la dote humilde de un

real de plata de vellón; el XVIII a la Caja de Ahorros, complemento indispensable a la fundación de Piquer, que idearon en España Pontejos y Mesonero Romanos,—¿dónde están sus nombres entallados en grandes vías matritenses?—y el XIX el seguro técnico social, impulsado por el Instituto Nacional y las Cajas regionales de previsión.

Los intérpretes del *Quijote*, ¿no se han fijado en aquella visión tan clara de un aspecto de la política social, vulgar hoy, pero poco estimado en aquellos tiempos, de lo que ofrece vestigios el comprenderlo entre «mil zarandajas»? Puede ser así, no lo dudo, pues aun la fantasía ha servido de acicate a la verdad, para ensanchar el imperio, ya de sí muy vasto, de una de las obras más famosas que vieron los siglos, escrita por el gran español que murió el 23 de Abril hace trescientos seis años, siendo el 19 de este mes cuando, «puesto ya el pie en el estribo», dedicó al Conde de Lemos los *Trabajos de Persiles y Sigismunda*, el mayor cariño de su paternidad literaria.

Me es difícil escribir más sobre este tema literario interesantísimo, si bien es extraño a mis habituales tareas y tengo muy escaso tiempo útil para su desarrollo.

* * *

La substancia mejor que imagino de las ideas de este modesto trabajo, se pueden expresar diciendo, primeramente, que el prudente Sancho debe ser el timonel del barco que navegue por mares ignotos de

la justicia social. Por falta de algo semejante está siendo tan infortunada la ruta de la nave moscovita.

Esto no significa que pueda dejarse en tierra a Don Quijote. Si no va a bordo el Señor de los elevados pensamientos y de la acción briosa, podrá hacerse una excursión para pescar sabogas o cualquier otro menester tan prosaico como útil; pero no el viaje a regiones longicuas—con la venia de Maese Pedro—en que impere esplendente el ideal cervantino de justicia, todavía perfeccionado, pues no puede desconocerse que el primero tiene el astrolabio de la navegación de altura. Sabéis mejor que yo, que si una vez se embarcó en el río Ebro, censurando el temblor de Sancho Panza, fué para acudir al imaginado socorro de alguna persona puesta en gran cuita, sin saber si se hallaba distante dos o tres mil leguas.

Considérese bien que hablamos de un Caballero andante que no tuviese la exaltación de algunas de sus clásicas aventuras ni el ánimo desengañado de su retorno al Lugar. Hablamos también de un Don Quijote modernizado, pues las circunstancias cambian de tal suerte que parece muy en su punto lo que dice Le Bon de que Aquiles es célebre por hazañas que acaso no le valdrían la Cruz de guerra en los tiempos de la continuidad del esfuerzo, desconocido por los guerreros de Homero, que necesita la conquista de una línea de trincheras.

Sin este Quijote y sin el espíritu práctico de Sancho, geniales personificaciones del espíritu humano, remedaríamos pasajes de nuestra historia, que de-

ben ser renovados; mas si incurríamos en el error de no conceder, con afecto, un puesto importante en nuestra Armada de la justicia social al gran Hidalgo, deberíamos borrar en la proa de la nave capitana el alto nombre de España.

HE DICHO.

APÉNDICE

OBRAS DE DON ADOLFO PONS Y UMBERT

Publicaciones de libros y folletos:

1.—**Responsabilidad ministerial.** Conferencia.—Madrid, 1901.

2.—**Cánovas del Castillo.** Obra premiada por la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación. Madrid, 1901.

3.—**Del Regionalismo en Cataluña.** Conferencia. Madrid, 1902.

4.—**Vagando.** Colección de artículos.—Madrid, 1903.

5.—**El Deber Social.** Notas de pedagogía política.—Madrid, 1905.

6.—**Romero Robledo.** Discurso necrológico.—Madrid, 1906.

7.—**Organización y funcionamiento de las Cortes según las Constituciones españolas y Reglamentación del Congreso de los Diputados.** Obra publicada por dicho Cuerpo Colegislador.—Madrid, 1906.

8.—**La Opinión y los Partidos.** Estudio político.—Madrid, 1908 (tercera edición).

9.—**Prerrogativa del Congreso de los Diputados para el examen de las calidades y legali-**

dad de la elección de sus individuos. Dos conferencias.—Madrid, 1910.

10.—**Necrología del Excmo. Sr. D. Francisco Silvela.** Publicada por la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación.—Madrid, 1910.

11.—**La crisis de la Moral en nuestro Régimen Político.** Conferencia.—Madrid, 1916.

12.—**El Salón de Conferencias.** Lectura de un estudio inédito.—Madrid, 1916.

13.—**Historia política y parlamentaria del Excelentísimo Sr. D. Francisco Romero Robledo.** Primer volumen (1862 a 1879). Obra publicada por el Congreso de los Diputados.—Madrid, 1916.

14.—**Las propagandas Regionalista y Maurista. Eficacia respectiva para la resolución del problema de la ciudadanía.** Conferencia.—Madrid, 1917.

15 a 19.—**Resúmenes críticos** de los Cursos de 1914 a 1915, 1915 a 1916, 1916 a 1917, 1917 a 1918 y 1918 a 1919 en la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación.—Madrid, 1915-1919.

20 a 26.—**Memorias** referentes al Instituto libre de Enseñanza de las Carreras Diplomática y Consular y Centro de Estudios Marroquíes en los Cursos de 1914 a 1915, 1915 a 1916, 1916 a 1917, 1917 a 1918, 1918 a 1919, 1919 a 1920 y 1920 a 1921.—Madrid, 1915-1921.

27.—**La crisis del Régimen Parlamentario (Concepto del Legislador).** Discurso de recepción en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.—Madrid, 1921.

OTRAS PUBLICACIONES

DE LA REAL ACADEMIA DE JURISPRUDENCIA Y LEGISLACIÓN, DE VENTA EN ESTA MISMA SOCIEDAD EDITORIAL

LEZON Y FERNÁNDEZ.—«El regionalismo».

BORES ROMERO. - «La civilización es el Derecho».

REDONET.—«Cesión de terrrenos del Estado y del Municipio a los sindicatos obreros agrícolas».

LASALA. «Pacifismo reformista y pacifismo científico».

PONS Y UMBERT y LLANOS TORRIGLIA.—«Necrologías de los Excmos. Sres. Don Francisco Silvela y Don Raimundo Fernández Villaverde».

MASPONS. - «La situación jurídica de Cataluña».

MALUQUER Y SALVADOR. – «Aspectos jurídicos del seguro de guerra».

BOFARULL Y ROMAÑA.—«La reforma de la Administración local y las Mancomunidades provinciales».

RODRIGUEZ DE LLANO.—«El crédito mercantil».

CACHO Y FERNÁNDEZ. – «La criminalidad y sus medios de represión».

LÓPEZ NÚÑEZ.—«Los derechos del sordo-mudo».

BERGAMÍN. – «Concepto económico y jurídico de la propiedad».

YANGUAS MESSIA. «Concepto cristiano de la propiedad».

GARCÍA ALONSO.—«Urgencia de una orientación nacional en la vida de los organismos políticos y administrativos españoles».

GONZÁLEZ ROJAS.—«La previsión popular y nuestro derecho positivo».

REYES. – «El juicio de amparo de garantías en el Derecho constitucional mexicano».